**1**

**La aventura del cliente ilustre**

“Hoy ya no puede provocar daño”.

Esa fue la respuesta de Sherlock Holmes cuando, por décima vez, le solicité que me autorizara a hacer público la siguiente crónica. De esa manera, obtuve la aprobación para dejar testimonio de lo que, en cierto sentido, representó el momento culmen de la trayectoria de mi amigo.

Holmes, tanto como yo, tenía cierta debilidad por los baños turcos. Mientras fumaba en el agradable letargo de la sala de secado, he hallado a Holmes menos hermético y más compasivo que en ningún otro sitio. En la planta superior de la casa de baños de la avenida Northumberland, hay un lugar retirado con dos sofás, uno junto al otro, y en ellos nos encontrábamos recostados el 3 de septiembre de 1902, día en que se inicia mi narración. Yo le había preguntado si tenía algún caso entre manos y él me respondió sacando su extenso brazo, flaco y fibroso, de debajo de las sábanas en las que se hallaba envuelto y extrayendo un sobre del bolsillo de adentro del saco que se encontraba colgado al lado suyo.

—Tal vez se trate de un sujeto tonto, impaciente y serio, o de un caso de vida o muerte —dijo al alcanzarme la carta—. Yo no sé nada más que lo que dice la misiva.

Venía del Carlton Club y llevaba la fecha de la noche anterior. Esto fue lo que leí:

SirJames Damery le presenta sus respetos al señor Sherlock Holmes, e informa que lo visitará en su casa, mañana a las 4.30. SirJames se permite prevenirle que el tema sobre el que desea consultar al señor Holmes es sumamente sensible y asimismo de suma importancia. Por ello, tiene confianza en que el señor Sherlock Holmes hará los mayores esfuerzos por otorgarle esta entrevista, la que habrá de confirmar comunicándose por teléfono al Club Carlton.

—No es necesario que le diga, Watson, que realicé la confirmación —afirmó Holmes cuando yo le devolví la misiva—. ¿Sabe usted algo respecto de este tal Damery?

—Lo único que sé es que ese apellido figura cotidianamente en la vida de sociedad.

—Yo puedo indicarle algo más que eso. Se lo conoce como un especialista en arreglar cuestiones sensibles, que no conviene que salgan en los periódicos. Tal vez se acuerde usted de sus negociaciones con sirGeorge Lewis, respecto del testamento de Hammerford. Es un individuo de mundo con un don innato para la diplomacia. Por eso, no puedo sino pensar que no se debe tratar de una pista falsa, y que, en verdad, precisa de nuestra intervención.

—¿Nuestra?

—Si desea ser usted tan gentil, Watson.

—Estaré muy honrado.

—Pues entonces, ya está al tanto de la hora; las cuatro y media. Así pues, podemos quitarnos de la mente el asunto hasta esa hora.

En ese tiempo, yo me alojaba en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero fui a Baker Street antes de la hora señalada. Era y media clavada cuando sirJames Damery se hizo anunciar. Casi no será necesario hacer su descripción, porque muchos han de recordar a aquella figura corpulenta, altanera y decente, aquel rostro ancho y totalmente afeitado, y en especial, aquella voz amable y espesa.

Resplandecía la sinceridad en su mirada gris de irlandés, y en esos labios impacientes y alegres retozaba la vivacidad. Todo transmitía su cuidado escrupuloso por el buen gusto en la vestimenta que lo había hecho famoso; su resplandeciente sombrero de copa, su levita negra; en fin, cada detalle, comenzando por la perla del alfiler de su corbata de raso negro, hasta terminar en las polainas cortas de tono lavanda sobre sus zapatos de charol. Ese aristócrata voluminoso y dominante sobresalía en la pequeña sala.

—Por supuesto, esperaba encontrar aquí al doctor Watson —sentenció, haciéndome una cortés inclinación—. Su asistencia podría ser adecuada en esta oportunidad, porque tenemos que batallar con un sujeto habituado a la violencia y que, textualmente, no le tiene miedo a nada. Tendría que afirmar que no existe en Europa una persona más temeraria.

—Ese calificativo ya fue usado para definir a varios de mis oponentes —sostuvo Holmes con una sonrisa—. ¿Gusta un cigarro? Pues entonces, me disculpará si yo prendo mi pipa. Ese sujeto debe ser temerario de verdad, para serlo aún más que el profesor Moriarty, ya fallecido, o que el todavía vivo coronel Sebastián Morán. ¿Podría conocer su nombre?

—¿Escuchó usted alguna vez hablar del barón Gruner?

—¿El asesino austríaco?

El coronel Damery levantó sus manos con guantes de cabritilla mientras comenzaba a reír.

—¡Usted no se pierde nada, señor Holmes! ¡Es sorprendente! ¿Así que ya lo tiene usted evaluado como asesino?

—Mi profesión me exige mantenerme al corriente de los sucesos criminales del continente. ¿Quién que haya leído sobre de lo que aconteció en Praga puede albergar dudas respecto de la culpa de tal sujeto? Quedó a salvo por tecnicismos legales y por el extraño fallecimiento de un testigo. Tengo la misma certeza, como si lo hubiera visto con mis propios ojos, de que él asesinó a su mujer cuando sucedió aquel denominado accidente en el Paso de Splugen. Asimismo, estaba al tanto de que el barón había venido a Inglaterra e imaginaba que, finalmente, me daría algo para trabajar. Vamos a ver, ¿qué hizo este barón Gruner? Supongo que no será la exhumación de la vieja tragedia.

—No, es más serio que eso. Es fundamental que se sancione el crimen ya producido, pero más relevante es que se lo evite. Señor Holmes, es algo espantosos ver cómo se organiza, delante de uno, un hecho terrible, una situación tremenda; saber cuál va a ser el desenlace y verse totalmente imposibilitado para evitarlo. ¿Puede alguien encontrarse en una circunstancia de mayor angustia?

—Tal vez no.

—Al ser así, pienso que tenderá a simpatizar con el cliente en nombre de quien estoy actuando.

—No imaginé que actuaba usted como sencillo intermediario. ¿Quién es la persona interesada?

—Señor Holmes, tengo que suplicarle que no insista en esa pregunta. Es de suma importancia que yo pueda darle la certeza de que su insigne apellido no fue traído a colación en el caso. Desea mantenerse oculto, aunque actúe por motivos dignos y elevados en sumo grado. No es necesario que aclare que sus honorarios se hallan garantizados y que podrá accionar con la más completa libertad. ¿No es cierto que no tiene importancia alguna el nombre de su cliente?

—Lo lamento —respondió Holmes—. Estoy habituado a que un lado de mis casos se encuentre velado por el misterio, pero que lo estén ambos es algo demasiado expuesto a complicaciones. Siento, sirJames, tener que rechazar el caso.

Nuestra visita mostró un hondo desconcierto. La conmoción y la decepción entristecieron su rostro ancho y expresivo, y contestó:

—Señor Holmes, difícilmente pueda usted sopesar el alcance de su rechazo. Me pone usted ante un serio dilema, porque tengo la certeza absoluta de que si pudiese decírselo todo, usted estaría orgulloso de tomar el caso; pero la promesa que hice no me lo permite. ¿Al menos podría contarle cuanto me está permitido?

—No tengo ningún inconveniente, con la condición de que quede bien claro que yo no tomo ningún compromiso.

—Comprendido. En primer término, imagino, sin duda, que habrá sentido mencionar al general De Merville.

—De Merville..., ¿el que se hizo célebre en Khyber? Sí, escuché hablar de él.

—Él tiene una hija, Violeta de Merville, joven, con fortuna, bella, culta, una maravilla de mujer en todos los aspectos. Muy bien; es a esa hija, a esa joven excelente y honesta, a quien intentamos salvar de las zarpas de un demonio.

—Eso significa que el barón Gruner tiene poder sobre ella, ¿no es cierto?

—El más formidable de todos los poderes, al tratarse de una mujer: el poder del amor. Ese sujeto es, como tal vez haya escuchado usted mencionar, un hombre de sorprendente belleza, de maneras fascinantes, de voz tierna; se presenta envuelto en esa atmósfera novelesca y misteriosa que tanto fascina a las mujeres. Se afirma que no existe ninguna capaz de resistírsele y que se ha valido largamente de ese hecho.

—Pero ¿cómo hizo un individuo de esa clase para establecer trato con una mujer de la alcurnia de la señorita Violeta de Merville?

—Se produjo en un viaje en yate por el Mediterráneo. Los invitados, aunque eran personas selectas, tenían que abonar el pasaje. Es casi seguro que quienes lo organizaron no estaban al tanto de la real personalidad del barón hasta que fue muy tarde. El muy sinvergüenza estuvo todo el tiempo cortejando a la joven, y logró ganar su corazón de una forma total y completa. Afirmar que ella lo ama no es bastante. Enloqueció por él, se halla obsesionada con él. En la tierra no existe nada para ella más allá de ese individuo. No está dispuesta a escuchar ni una palabra que vaya contra él. Se hizo todo lo que fue posible para que superara su locura, pero fue inútil. En resumen: tiene la intención de desposar al barón el mes que entra. Y como ya cumplió la mayoría de edad y posee una voluntad de hierro, se hace dificultoso pergeñar un modo de impedírselo.

—¿Sabe de la cuestión austríaco?

—Ese sagaz demonio le refirió todos los escándalos públicos de su pasado, pero lo hizo, en todos los casos, haciéndose ver a sí mismo como una víctima inocente. Ella cree en la versión de Gruner y no desea oír ninguna otra.

—¡Bueno! Pero creo que dio usted sin tener conciencia de ello el nombre de su cliente que es, indudablemente, el general De Merville.

Nuestro visitante se agitó con nerviosismo en su asiento.

—Señor Holmes, yo podría mentirle afirmándole que sí, pero estaría falseando la verdad. De Merville es un sujeto ya sin fuerzas. Este suceso ha desanimado totalmente al veterano soldado. Perdió el valor que jamás lo abandonó en la batalla, y se ha transformado en un ser frágil e indeciso, sin fortaleza para enfrentar a un sinvergüenza repleto de esplendor y de impulso como el austríaco.

”Mi cliente, no obstante, es un antiguo amigo que trató profundamente al general por muchos años y tiene un interés paternal por esta muchachita desde que nació. No está en condiciones de ver cómo se produce esta tragedia sin hacer algo para impedirla. Scotland Yard no tiene motivo alguno para actuar en este caso. Dicha persona sugirió la idea de que usted actúe, aunque, como ya mencioné, con la condición de no aparecer involucrado en lo personal en el asunto. Yo no tengo duda, señor Holmes, de que si pusiera en juego su capacidad extraordinaria, le sería sencillo seguir el rastro que lo conduciría hasta mi cliente solo con seguirme a mí, pero le solicito, como un tema de honor, que se inhiba de hacerlo y que no quiebre su anonimato.

Holmes sonrió de una manera muy especial y respondió:

—Pienso que estoy en condiciones de prometérselo con toda certeza. Le sumaré que el asunto que me presenta me causa interés, y que tengo la disposición de estudiarlo. ¿De qué modo podré contactarme con usted?

—El Club Carlton podrá dar conmigo. Pero en caso de urgencia, existe un teléfono para llamadas reservadas: el X X treinta y uno.

Holmes tomó nota del número, y se quedó, sonriendo, con el cuaderno de notas abierto en sus rodillas.

—Por favor, la dirección actual del barón.

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio grande. Salió con suerte de ciertas especulaciones dudosas, y es un hombre rico, lo que lo hace un adversario de mucho mayor peligro.

—¿En la actualidad se encuentra en su casa?

—Sí.

—Más allá de lo que me dijo, ¿puede darme algún otro dato sobre ese hombre?

—Es un individuo de gustos onerosos; cría caballos; durante un breve lapso jugó al polo en Hurlingham, pero se comentó sobre la cuestión de Praga y debió retirarse. Es coleccionista de libros y de cuadros. En su temperamento, hay un significativo talante artístico. Según sé, se lo considera una autoridad en porcelana china y ha publicado un libro acerca del tema.

—Una naturaleza compleja —dijo Holmes—. Todos los criminales importantes la tienen. Mi viejo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era alguien cualquiera como artista. Me sería fácil citar a muchos más. Bueno, sirJames, dígale a su cliente que, a partir de este instante, centro mi atención en el barón Gruner. No estoy en condiciones de decir nada más; tengo algunas fuentes propias de información y considero que no van a faltarme medios para comenzar el trabajo.

Cuando nuestro visitante se fue, Holmes estuvo sentado y sumergido en hondas cavilaciones durante tanto tiempo, que creí que había olvidado que yo estaba allí. No obstante, de pronto volvió repentinamente a la realidad y me preguntó:

—Y, Watson, ¿no imagina nada?

—Yo pienso que lo mejor que usted puede hacer es conversar con la muchacha.

—Estimado Watson, ¿de qué forma yo, un completo desconocido, puedo salir bien parado, si su desdichado y anciano padre no ha logrado tener influencia sobre ella? Aunque, si todo lo demás fracasa, hay algo provechoso en esa sugerencia. Pero pienso que es necesario que comencemos desde un punto diferente. Me parece que Shinwell Johnson podría sernos útil.

Todavía no se me presentó la oportunidad en estas *Memorias* de referirme a Shinwell Johnson, porque solo en pocas ocasiones entresaqué mis casos de los últimos períodos de la carrera de mi amigo. Llegó a convertirse en un colaborador apreciable en los primeros años de este siglo. Siento mencionar que Johnson comenzó por ganar celebridad como un rufián muy peligroso y que cumplió dos condenas en Parkhurst.

Luego, se rectificó y se unió a Holmes, actuando como su agente en el enorme mundo de los bajos fondos de Londres y sus inestimables informaciones fueron, frecuentemente, de gran trascendencia. Si Johnson hubiera sido informante de la policía, rápidamente lo habrían desenmascarado; pero como actuaba en asuntos que nunca llegaban directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros jamás se percataron de sus actividades.

Con la pátina de sus dos condenas disponía de libre acceso a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego; su velocidad de observación y su despabilada mente lo transformaron en un agente inigualable para obtener informes. En esta oportunidad, Sherlock Holmes se planteó recurrir a sus servicios.

No pude seguir de cerca los pasos que mi amigo dio a continuación, porque algunos asuntos profesionales requerían mi atención; pero, según la cita que habíamos hecho, me encontré con él esa noche en Simpson’s, donde, sentados a una pequeña mesa en la ventana de adelante y mientras contemplábamos desde esa altura la vehemente corriente de vida que transitaba por el Strand, Holmes me relató algo de lo que había sucedido.

—Johnson anda merodeando —me comentó—. Tal vez junte algunos elementos en los recodos más sombríos de los bajos fondos. Es ahí, en las oscuras raíces del crimen, donde debemos buscar los secretos de este individuo.

—Pero si esa joven no acepta ni siquiera los hechos por todos conocidos, ¿cómo sería posible que algún descubrimiento que usted pueda realizar la haga revertir sus intenciones?

—Quién puede saberlo, Watson. El corazón y la inteligencia femeninos son para nosotros, los hombres, interrogantes insondables. Es posible que una mujer excuse o entienda un crimen, y sin embargo, la indigne un pecado de menor importancia. El barón Gruner me hizo notar...

—¡Le hizo notar a usted!

—Bien, ahora me doy cuenta de que no le comenté a usted mis planes. Vea, Watson, a mí me atrae llegar al cuerpo a cuerpo con el individuo al que persigo. Me gusta mirarlo a la cara y ver con mis propios ojos el material del que está hecho. Luego de que le di mis indicaciones a Johnson, me hice conducir en coche a Kingston, y hallé al barón sumamente afable.

—¿Supo quién era usted?

—No tuvo ningún problema, por el simple motivo de que yo le hice entregar mi tarjeta. Es un adversario óptimo, frío como el hielo, de voz suave y tierna como la de uno de esos médicos que están de moda y, a su vez, es tan ponzoñoso como una serpiente. Posee clase, es un real aristócrata del crimen, de esos que hacen recomendaciones superficiales para el té de la tarde, un té con toda la atrocidad de la tumba detrás. Sí, estoy contento de haber dedicado mi atención al barón Adelbert Gruner.

—¿Y señala usted que en esa oportunidad estuvo amable?

—Igual que un gato que ronronea cuando piensa que está viendo a un posible ratón. La amabilidad de algunas personas es mucho más letal que la violencia de otros espíritus más rudos. Me recibió de una forma acorde con su personalidad, diciéndome: “Imaginé, señor Holmes, que me visitaría en cualquier momento. Indudablemente, usted debe estar al servicio del general De Merville para tratar de evitar mi casamiento con su hija Violeta. Es así, ¿no es cierto?”. Le respondí que, ciertamente, era de ese modo y él me señaló: “Estimado señor, lo único que logrará es malograr su bien obtenida fama. Es un asunto en el que no existe posibilidad alguna de que usted triunfe. El suyo habrá de ser un trabajo inútil, por no mencionar los posibles riesgos a los que se pueda exponer. Déjeme aconsejarle con vivo interés que se aparte de inmediato”.

”“Es llamativo —le respondí—, me ha dado usted precisamente la misma recomendación que iba a darle a usted. Yo tengo respeto por su inteligencia, barón, y ese respeto no ha mermado con esta escueta charla. Déjeme hablarle de hombre a hombre. Nadie procura agitar su pasado y ponerlo en una situación inútilmente embarazosa. Aquello pasó, y usted se halla ahora en aguas calmas; pero si insiste en esa boda, alzará en contra suya a una profusión de adversarios con poder, que no le habrán de dar paz hasta que su permanencia en Inglaterra le sea demasiado penosa. ¿En verdad, vale la pena este juego? Crea lo que le digo, usted ganaría si dejara en paz a esa joven. No será en absoluto agradable para usted que algunos sucesos de su pasado sean conocidos por ella”.

”El barón usa unos pequeños bigotes lustrados con cosméticos, que semejan las antenas cortas de algunos insectos. En tanto me escuchaba, sus pequeños bigotes se sacudían, hasta que empezó a reír gradualmente: “Señor Holmes, perdone el buen humor —me señaló—. En verdad es divertido advertir que trata de ganar el juego sin contar con buenas cartas en su mano. Me parece que nadie le sacaría ventaja, pero, no obstante, es bastante patético. Señor Holmes, no posee usted en su mano ninguna carta de triunfo, solo cartas sin valor”.

”“Eso es lo que usted piensa”. “Eso me consta. Voy a decírselo de forma que lo comprenda, porque las cartas que yo poseo en la mano son tan importantes, que puedo darme el lujo de mostrarlas. Tuve la buena fortuna de granjearme el afecto absoluto de esa joven. Me lo otorgó más allá de que yo le conté, sin vueltas, todos los tristes acontecimientos de mi pasado. Asimismo, le aseveré que había determinadas personas viles y mendaces... (espero que se dé por aludido), que se aproximarían a ella a decirle todas esas cosas, y le sugerí de qué manera tenía que tratarlas. ¿Ha escuchado usted hablar, señor Holmes, de la sugestión poshipnótica? Pues bien, verá sus resultados en la práctica, porque un hombre con personalidad puede usar el hipnotismo sin pases mediocres, ni estupideces. Ella está dispuesta a recibirlo: no tengo ninguna duda de que le dará una cita, porque cede con gentileza a la voluntad de su padre; excepto, solamente, en nuestro pequeño tema”.

”Así pues, Watson, no consideré que tuviera nada para añadir y lo saludé con toda la gélida dignidad que pude, pero él me atajó diciéndome: “A todo esto, señor Holmes, ¿usted conoce a Le Brun, el agente de policía francés?”. “Sí”, le respondí. “¿Tiene idea de lo que le sucedió?”. “Escuché que unos apaches lo golpearon en el distrito de Montmartre y quedó inválido para toda la vida”.

”“Efectivamente, señor Holmes. Y por una llamativa casualidad, apenas una semana antes de lo que le pasó, ese tal Le Brun había estado llevando a cabo indagaciones sobre algunas cuestiones mías. No haga nada que se le parezca, señor Holmes; no da buena suerte. Ya hay varios que lo constataron. Lo último que le voy a decir es esto: continúe su propio camino y permítame a mí continuar el mío, adiós”. Ahí está, Watson; ya se puso al corriente de todo.

—Parece un sujeto peligroso.

—Sumamente peligroso. A mí no me asustan los individuos jactanciosos, pero este es de la categoría de los que con sus palabras se mantienen por debajo de sus intenciones.

—¿Y es necesario que usted se involucre? ¿Es de real importancia que ese hombre no contraiga matrimonio con la joven?

—Yo diría que es de suma importancia, especialmente al pensar que, sin sombra de duda, mató a su última esposa. ¡Aparte, está el cliente! Bien, bien, no es preciso que discutamos sobre este aspecto del tema. Es mejor que venga conmigo a casa después que termine su café, porque el impetuoso Shinwell ya debe encontrarse allí con su informe.

Ya se hallaba allí, efectivamente. Era un hombre voluminoso, rústico, de rostro rubicundo y apariencia enfermiza, con unos ojos negros perspicaces, que aparecían como el único signo exterior del alma, sumamente astuta, que había en su interior. Al parecer, se había sumergido en lo que era su territorio y allí se encontraba, al lado de él en el sillón, un ejemplar típico que había traído consigo, con la forma de una mujer joven, flaca y ondulante como una flama, de cara pálida y expresión apasionada, juvenil, pero tan destruida por el pecado y el sufrimiento, que en ella podían advertirse los años tremendos que le habían dejado su rastro leproso.

—Ella es la señorita Kitty Winter —señaló Shinwell Johnson, haciendo un vaivén con su fuerte mano, como forma de presentación—. Aquello que ella no sepa...; bueno, ella misma lo dirá. Menos de una hora después de que me llegó su mensaje la hallé, señor Holmes.

—Es sencillo encontrarme —adujo la muchacha—. En el infierno, en Londres, siempre ando por ahí. Igual que “Porky” Shinwell. Somos viejos conocidos, Porky, tú y yo. Pero le aseguro por mi vida que existe otra persona que, si hubiese por lo menos algo de justicia en el mundo, tendría que estar en un infierno incluso más hondo que el nuestro. Es el sujeto detrás del que usted anda, señor Holmes.

A Holmes se le dibujó una sonrisa, y dijo:

—Señorita Winter, creo que tenemos su simpatía.

—Si yo puedo colaborar para que ese individuo termine donde debe estar, cuenten conmigo hasta el último aliento —aseguró nuestra visitante con rabioso brío.

Su rostro, pálido y decidido, y su mirada encendida demostraban una inquina tan extrema como en escasas oportunidades una mujer y nunca un hombre son capaces de alcanzar.

—Señor Holmes, no es necesario que rebusque usted en mi pasado. No es ni de aquí, ni de allá. Soy lo que Adelbert Gruner forjó de mí. ¡Si yo misma pudiese tirarlo al abismo! —sus manos, como si fuesen garras, se agarraron con furia al aire—. ¡Oh, si pudiese llevarlo al pozo adonde él arrastró a tantas!

—¿Está al tanto del tema?

—Shinwell me lo refirió. Por lo que se ve, en esta oportunidad está atrás de una pobre idiota y pretende desposarla. Usted quiere evitarlo. Bueno, pero seguramente usted sabe lo suficiente sobre ese sinvergüenza como para evitar que cualquier muchacha decente y que esté en su sano juicio se inscriba en la misma iglesia que él.

—Pero ella no está en su sano juicio, sino perdidamente enamorada. Se le dijo acerca de él todo lo que había que decir, y no le da importancia.

—¿También lo del homicidio?

—Sí.

—Bueno, ¡tiene que ser una joven de mucho coraje!

—Aduce que todo cuanto le dicen son difamaciones.

—Pero ¿usted no tiene la posibilidad de poner ante su estúpida vista las pruebas?

—Bien, ¿puede usted colaborar con nosotros en ese trabajo?

—¿Acaso yo misma no constituyo una prueba? Solo con que me presenten ante ella y yo le diga de qué forma me trató...

—¿Está dispuesta a eso?

—¿Que si estoy dispuesta? ¡Cómo imagina que no lo haría!

—Tal vez podríamos intentarlo. Pero ese sujeto le refirió buena parte de sus faltas y ella lo perdonó; según sé, no quiere discutir de nuevo sobre el tema.

—Me juego cualquier cosa a que él no le contó todo. Además de ese homicidio, del que tanto se habló, yo entreví uno o dos más. En más de una oportunidad se refirió a alguien, con sus formas suaves; luego me miró fijo y me dijo: “Después de un mes de eso, falleció”. La cosa no era como para estarse tranquila, pero yo no le di demasiada importancia, porque en ese momento yo estaba enamorada de él. Yo creía que todo cuanto él hacía estaba bien, igual que ahora lo cree esa pobre estúpida. Solo algo me provocó una gran conmoción y, juro por mi vida, que de no ser por esa lengua malsana y mentirosa que sabe hallar una explicación para todo y que todo lo atenúa, yo me habría ido esa noche misma. Hablo de un libro que él posee. Un libro de tapas de cuero castaño, con cierre y con su escudo grabado en oro en la parte exterior. Me parece que esa noche estaba un tanto bebido o, de lo contrario, no me lo habría mostrado.

—¿Y qué libro era?

—Vea, señor Holmes, ese sujeto colecciona mujeres y está muy orgulloso de esa colección, igual que otros hombres coleccionan polillas y mariposas. En ese libro estaba el registro de todo: fotografías instantáneas, nombres, pormenores, todos los datos sobre esas mujeres. Era un texto asqueroso; un libro que ningún hombre, aunque proviniera del arroyo, habría podido escribir. No obstante, era el libro de Adelbert Gruner. *Almas que he arruinado*: ese es el título que habría podido escribir en la tapa, si se le hubiera ocurrido. Pero con eso no vamos a ningún lado, porque ese libro a usted no le será útil en absoluto y, si le fuese útil, no podría encontrarlo.

—¿Dónde se encuentra ese libro?

—¿Cómo podría decirle dónde se encuentra ahora? Hace ya más de un año que me alejé de ese hombre. Sé dónde lo tenía entonces. En muchos sentidos, Gruner es un gato pulcro y metódico, así que tal vez continúe guardado en uno de los compartimentos del antiguo escritorio de su despacho interior. ¿Conoce usted la casa donde vive el barón?

—Estuve en su despacho —respondió Holmes.

—¿De verdad? Pues, en serio, usted anduvo mucho para haber comenzado su tarea esta mañana. El despacho exterior es donde tiene en exhibición las porcelanas de China; allí, en medio de las ventanas, hay un armario de cristal de gran tamaño. Atrás de su mesa se encuentra la puerta a través de la que se llega al despacho interior, una pequeña habitación donde deposita documentos y demás.

—¿No tiene miedo de los ladrones?

—Adelbert no es un hombre cobarde. Ni su más acérrimo enemigo podría decir semejante cosa de él. Sabe cómo cuidarse. A la noche se conecta un timbre de alarma contra ladrones. Aparte, ¿qué hay en ese sitio que pueda suscitar el interés de un ladrón, como no sean todos sus trastos de fantasía?

—Eso no sirve de nada. Ningún reducidor acepta objetos que no pueda fundir o vender —dijo Shinwell Johnson, con el tono asertivo de un experto en el tema.

—Efectivamente —coincidió Holmes—. Bien, señorita Winter, si usted pudiera venir aquí mañana a la tarde, a las cinco, pensaré, hasta ese momento, si existe la posibilidad de concertar un encuentro personal entre usted y la otra muchacha. Le estoy sumamente agradecido por su ayuda. No preciso decirle que mis clientes serán espléndidos en...

—Ni lo mencione, señor Holmes —protestó la muchacha—. Yo no vine a obtener dinero. Con ver a ese hombre en el fango, me sentiré retribuida por mi trabajo... En el fango, en tanto yo le aplasto su maldito rostro. Esa será mi paga. Me encontraré a su disposición mañana u otro día cualquiera, en tanto usted lo persigue. Aquí, Porky lo tendrá siempre al tanto de dónde puede hallarme.

No volví a ver a Holmes nuevamente hasta la noche siguiente, en que cenamos una vez más en nuestro restaurante del Strand. Cuando inquirí cómo le había ido en su encuentro, levantó los hombros. A continuación, me lo narró; yo repetiré su narración más adelante, como después se habrá de ver, porque su informe, puro y duro, precisa una leve manipulación para atenuarlo y darle vida real.

—No tuve ningún problema en establecer el encuentro, porque la joven está dando pruebas de una mezquina sumisión filial en todo lo que sea de poca importancia, para que, de esa manera, se la perdone por su evidente desobediencia en lo que se refiere a su compromiso marital. El general me telefoneó para decirme que todo estaba preparado, y la exaltada señorita Winter fue puntual, así que, a las cinco y media, un carruaje nos depositó frente al número 104 de la plaza de Berkeley, donde vive el veterano soldado, en uno de esos palacios londinenses horriblemente grises, ante los cuales las iglesias semejan edificios plenos de frivolidad. Un criado nos hizo pasar a una gran sala con cortinados amarillos, y allí nos aguardaba la muchacha seria, pálida, circunspecta; tan severa y distante como una figura de nieve en la cima de una montaña.

”Yo no encuentro, en verdad, los términos para describírsela, Watson. Tal vez usted tenga oportunidad de conocerla antes de que concluyamos con este caso, y entonces podrá usar su propio acopio de ideas. Es bella, pero con la belleza sutil de un trasmundo, propia de una fanática que tiene su pensamiento en las alturas. He visto rostros como ese en los cuadros de los antiguos pintores de la Edad Media. No alcanzo a entender cómo un hombre cruel ha podido colocar sus garras repulsivas en un ser como ese.

”Tal vez haya notado ya que los extremos se sienten atraídos, lo espiritual atrae lo animal, el cavernícola atrae al ángel. Pero nunca puede haber visto usted un contraste más terrible que este... Ella tenía conciencia de para qué íbamos, como es obvio; porque aquel sinvergüenza no había dejado pasar el tiempo para ir a emponzoñar su alma en contra nuestra. Pienso que sí, que la sorprendió bastante la presencia de la señorita Winter, pero con un gesto de la mano, nos solicitó que nos sentáramos en nuestros asientos correspondientes, como lo habría hecho una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos pordioseros bastante magullados.

”Estimado Watson, si su mente se siente proclive a la irritación, tome lecciones con Violeta de Merville. “Bueno, caballero —me dijo con una voz que semejaba el viento que sopla desde un témpano de hielo—; lo conozco bastante de nombre. Según pienso, vino usted a verme para injuriar a mi prometido, el barón Gruner. Lo recibí a usted solo por deseo explícito de mi padre y le señalo, por anticipado, que nada de lo que me diga va a tener la más leve injerencia sobre mi voluntad”. Le tuve piedad, Watson. En ese instante pensé en ella como hubiera pensado en una hija.

”Pocas veces soy elocuente. Yo guío mi mente, no mi corazón. Pero sinceramente utilicé con ella las palabras más tiernas que pude hallar en mi forma de ser. Le expliqué la horrible situación de la mujer que se despierta, para conocer el auténtico rostro de un hombre, luego de haberse casado con él; la de una mujer que debe aceptar ser acariciada por manos manchadas con sangre y labios de sanguijuela. No olvidé nada de la ignominia, del espanto, de la desazón, de lo definitivo que era todo eso.

”Mis perturbadoras palabras no lograron teñir ni con una sola pincelada de color sus mejillas de marfil, ni hacer que en su mirada abstraída resplandeciera un solo brillo de alteración. Me acordé de lo que aquel sinvergüenza me había mencionado sobre la influencia poshipnótica. Se hubiera afirmado que la joven vivía por arriba de lo terrenal, en un sueño de enajenación.

”“Señor Holmes —me dijo—, lo escuché pacientemente. El resultado que produjo en mi voluntad es precisamente el que yo le predije. Estoy al tanto de que Adelbert, mi prometido, tuvo una vida turbulenta y que, en el curso de ella, provocó profundos odios y fue víctima de los más infundados embates. Usted es la última persona de una serie que contó ante mí sus ignominias. Tal vez su propósito sea bueno, aunque tengo constancia de que usted es una persona a sueldo, que obraría igual a favor que en contra del barón. De todas maneras, deseo que sepa de una vez y definitivamente que yo lo amo y que él me ama, y que lo que piense el mundo entero no es, para mí, de mayor importancia que los gorjeos de esos pájaros que hay afuera de mi ventana. Si su insigne alma tuvo en algún momento una caída, tal vez yo me encuentre especialmente destinada a alzarla hasta su elevado y genuino nivel”. De repente, dirigió la mirada a mi acompañante y dijo: “No imagino quién puede ser esta muchacha”.

”Estaba yo a punto de contestarle, cuando la joven explotó, como un torbellino. Si en alguna oportunidad el fuego y el hielo se vieron cara a cara fue cuando esas dos mujeres se miraron de ese modo. “Yo le diré quién soy —gritó la señorita Winter, levantándose de su asiento de un salto, con los labios deformados por la cólera—. Soy la última de sus amantes. Soy una de entre el centenar de mujeres que él tentó, de las que él gozó, a las él arruinó y tiró después a la basura, como lo va a hacer con usted, aunque el cúmulo de basura donde usted terminará será posiblemente la tumba, y en eso usted será más afortunada. Le digo, tonta mujer, que unirse en matrimonio con ese hombre para usted es igual a la muerte. Le destrozará el corazón o le retorcerá el pescuezo, pero, de una forma o de otra, la asesinará. No se lo digo por amor a usted. Me importa nada que usted viva o muera. Lo digo por odio a él, para maldecirlo, para que padezca lo que él me hizo padecer a mí; pero me da lo mismo, mi elegante muchacha, y no me mire de esa forma, porque cuando él termine con usted, tal vez haya caído aún más bajo que yo”.

”“Preferiría no hacer referencia a estas cuestiones —señaló fríamente la señorita de Merville—. Déjeme decirle que estoy al tanto de tres incidentes de la vida de mi novio, en los que se vio alcanzado por las redes de mujeres intrigantes; tengo la certeza de que está honestamente arrepentido de todo el mal que él haya podido causar”. “¡Tres incidentes! —exclamó mi acompañante—. ¡Tonta! ¡Tonta de remate!”.

”“Señor Holmes, le ruego que terminemos esta entrevista —solicitó la voz de hielo—. Cumplí con la voluntad de mi padre al aceptar encontrarme con usted, pero no me considero en la obligación de oír los desvaríos de esta cualquiera”. La señorita Winter se arrojó contra ella, en medio de insultos, y si yo no la hubiese tomado de la muñeca, habría asido del cuello a esa mujer capaz de sacar de sí a cualquiera. Casi arrastré a la señorita Winter hasta la puerta, y tuve la fortuna de volver a subirla al coche sin hacer un escándalo público, porque se hallaba fuera de quicio, a causa de la ira. Yo mismo, dentro de mi desapego, me sentía furiosísimo, porque la omnipotencia y la suma condescendencia consigo misma de la mujer a la que tratábamos de salvar tenían algo tácitamente intolerable.

”Ya conoce usted, entonces, cuál es nuevamente la circunstancia y se hace obvio que preciso armar otra jugada de salida, porque esta ya no es útil. Estaré en contacto con usted, Watson, porque probablemente tenga que representar un rol en la obra, aunque también es una posibilidad que la próxima jugada la realicen ellos antes que nosotros.

Y la realizaron. Dieron el golpe, o más bien, lo dio, porque nunca pude creer que la joven fuese cómplice. Pienso que todavía hoy podría marcar la baldosa de la acera en la que yo estaba parado cuando mi mirada se posó en el cartel de anuncios, con una espantosa sensación de consternación que atravesó mi alma.

Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de diarios, que había perdido una pierna, tenía exhibidos los periódicos vespertinos. Habían transcurrido, precisamente, dos días luego de nuestra última charla. Pienso que me quedé unos instantes como aturdido por un golpe.

Tengo después un vago recuerdo: que tomé bruscamente un diario, que el vendedor me increpó porque no lo había abonado y, finalmente, que me paré en la puerta de una farmacia, en tanto encontraba la infausta gacetilla. La espantosa página de las noticias rezaba, en letras negras sobre un fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN CONTRA SHERLOCK HOLMES

Tomamos conocimiento, con consternación, de que el famosísimo detective privado, el señor Sherlock Holmes, fue víctima esta mañana de una mortífera agresión, que lo ha dejado en estado grave. No se saben los pormenores precisos sobre lo acontecido, pero tuvo que suceder en la calle Regent, alrededor de la medianoche, frente al café Royal.

El ataque fue perpetrado por dos hombres que iban armados con bastones, y el señor Holmes recibió golpes en la cabeza y en el cuerpo, por lo que se le produjeron heridas que los médicos consideran como muy graves. Lo trasladaron al hospital de Charing Cross, y luego solicitó que lo condujesen a sus habitaciones de Baker Street.

Al parecer, los criminales que lo atracaron eran hombres bien vestidos, que huyeron de las personas que vieron el hecho, entrando por el café Royal y saliendo, por la parte de atrás, a la calle Glasshouse. Son parte, sin ninguna duda, del grupo de criminales que tan a menudo debió padecer la actividad y la destreza del agredido.

Huelga decir que, casi sin terminar de leer la noticia, me subí a un coche y fui disparado a Baker Street. En el vestíbulo encontré al famoso cirujano, sirLeslie Oakshott, cuyo coche aguardaba junto a la acera.

—No hay peligro de momento —informó—. Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios golpes de importancia. Fue necesario darle varios puntos de sutura. Le inyecté morfina y es fundamental la tranquilidad, aunque no tiene prohibida una visita de unos minutos.

Con dicha autorización entré en silencio en la habitación, que se encontraba en penumbras. El paciente se hallaba totalmente despierto, y escuché que me llamaba con un bronco murmullo. La cortina, a pesar de que se hallaba a una cuarta parte de la altura de la ventana, permitía que pasara de soslayo un haz de luz que se proyectaba sobre la cabeza vendada del enfermo. La blanca venda de hilo estaba humedecida de sangre y tenía una mancha purpúrea. Me senté al lado de la cama e incliné mi cabeza.

—Muy bien, Watson. No ponga esa expresión de susto —susurró con voz frágil—. La situación no es tan mala como parece.

—¡Por suerte!

—Yo sé un poco de la lucha con bastón, como usted recordará, y la mayor parte de los bastonazos fueron sobre mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude fue con el segundo enemigo.

—¿Qué es lo que puedo hacer, Holmes? No hay duda de que fueron mandados por ese endemoniado sujeto. Iré a verlo y le sacaré el pellejo a latigazos, si usted me lo indica.

—¡Mi bueno y estimado Watson! No, en tanto la policía no detenga a esos hombres no estamos en condiciones de hacer nada. Tenían bien urdida su retirada. De eso podemos tener certeza. Espere un tiempo. He hecho mis planes. Lo primero que necesitamos hacer es dramatizar mis heridas. Le pedirán noticias. Dramatice con convicción, Watson. Habré de tener mucha suerte si llego vivo hasta el final de la semana; rotura de cráneo, delirio, lo que le plazca. Nunca dramatizará demasiado.

—Pero ¿y sirLeslie Oakshott?

—No dirá palabra. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me ocuparé yo de ello.

—¿Ninguna otra cosa?

—Sí. Dígale a Shinwell Johnson que quite de circulación a la joven. Esos elegantes la estarán buscando. Como es evidente, están al tanto de que fue conmigo. Si osaron atacarme a mí, es posible que ella no se les olvide. Es algo de urgencia. Hágalo esta noche misma.

—Iré de inmediato. ¿Otra cosa?

—Ponga sobre la mesa mi pipa y la bolsa del tabaco, ¡perfecto! Pase por aquí todas las mañanas y estableceremos nuestro plan de campaña.

Me junté con Johnson esa misma noche y convine que trasladase a la señorita Winter a un barrio tranquilo; le indiqué que tuviese prudencia y que ella se mantuviera escondida hasta que el peligro pasara.

Por seis días, el público supuso que Holmes se hallaba a las puertas de la muerte. Los partes eran sumamente graves y en los diarios se publicaban gacetillas funestas. Mis permanentes visitas me daban la certeza de que la situación no revestía tanta seriedad.

Su fuerte constitución y su voluntad decidida hacían milagros. Se recuperaba con rapidez y, a veces, yo incluso sospechaba que se recuperaba todavía con más velocidad de lo que quería hacerme pensar. Había, en ese hombre, una llamativa inclinación al secreto que acostumbraba provocar muchos resultados dramáticos, pero que hacía, inclusive a su amigo más cercano, pensar cuáles serían sus auténticos planes.

Holmes llevaba hasta el límite último el apotegma de que el único conjurado que está a salvo es el que lleva él solo una conjura. Yo me hallaba más cercano a él que nadie y, no obstante, tenía, constantemente, la impresión de encontrarme ante una grieta que nos distanciaba.

Al séptimo día le sacaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual los diarios nocturnos hablaban de erisipela. Esos mismos periódicos presentaban otra noticia que yo debía hacer saber a mi amigo, sano o enfermo.

En el listado de pasajeros del barco de la Cunard, el *Ruritania*, que zarpaba el viernes de Liverpool, se encontraba el barón Adelbert Gruner, que debía negociar, en Estados Unidos, transacciones financieras de relevancia antes de su inminente casamiento con la señorita Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera.

Holmes oyó la noticia con un gesto frío y concentrado en su pálido rostro. Entendí que estaba hondamente afectado.

—¡El viernes! —señaló—. ¡Únicamente tenemos tres días! Yo pienso que el muy sinvergüenza pretende escaparse del peligro. ¡Pero no lo logrará, Watson! ¡Por todos los demonios, no lo logrará! Watson, deseo que usted haga algo; ahora le diré.

—Estoy aquí para ser útil, Holmes.

—Las próximas veinticuatro horas dedíquelas usted a realizar un estudio intensivo de las porcelanas de China.

No me hizo ninguna aclaración, ni yo se la solicité. Una vasta experiencia me había aleccionado respecto de la sabiduría de la obediencia. Pero cuando dejé su habitación fui caminando por Baker Street, reflexionando sobre de qué manera me las iba a arreglar para llevar a cabo aquel pedido tan exótico. Concluí haciéndome conducir en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James; consulté el tema con el segundo bibliotecario, Lomax, uno de mis amigos, y me fui de allí hacia mis habitaciones con un enorme libro debajo del brazo.

Se suele afirmar que el abogado criminalista que prepara un caso, atestándose de datos para realizar el lunes el interrogatorio de un hábil testigo, antes del sábado olvida totalmente todos aquellos conocimientos forzados. Por supuesto, yo no intento decir que soy una autoridad en asuntos de porcelana. No obstante, durante toda esa tarde y esa noche, con una breve pausa para descansar, y toda la mañana siguiente me pasé aprendiendo datos y llenando mi memoria de nombres.

En ese libro, supe de los contrastes que existen entre los grandes artistas decoradores, del enigma de las fechas cíclicas, de las especificidades del período Hung-wu y de las bellezas del Yung-lo, de los escritos de Tang-ying y de las fastuosidades del primitivo período del Sung y del Yuan. Cuando fui a ver a Holmes a la mañana siguiente, ya cargaba con todos esos conocimientos.

Ya se había levantado de la cama, a pesar de que nadie lo habría dicho, según los partes médicos que se publicaban, y estaba sumergido en su sillón preferido, con la cabeza repleta de vendajes apoyada en la mano.

—Pero, Holmes, si uno creyese en los diarios, supondría que usted agoniza.

—Esa es justamente la impresión que quiero provocar. Y ahora cuénteme, Watson: ¿aprendió usted las lecciones?

—Al menos hice el intento.

—Entonces, alcánceme esa pequeña caja que está sobre el estante de la chimenea.

Alzó la tapa y extrajo de adentro un objeto pequeño, envuelto cuidadosamente en una finísima seda oriental. Lo desenvolvió y dejó a la vista un fino plato del más hermoso color azul oscuro.

—Es necesario manipularlo con extremo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo, perteneciente a la dinastía Ming. Es la pieza más exquisita que pasó por la casa Christie. Un juego completo tendría el valor como para abonar el rescate de un rey; para ser sinceros, sería dudoso que existiera un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un auténtico experto se pondría fuera de sí al ver este plato.

—¿Y qué voy a hacer con él?

Holmes me dio una tarjeta en la que se hallaban escritas estas palabras:

Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street

—Este será su nombre por esta noche, Watson. Irá a ver al barón Gruner. Estoy bastante al tanto de sus hábitos y es posible que a las ocho y media esté desocupado. Le notificará por anticipado, mediante una carta, que pasará a verlo y le informará que le lleva una pieza de un juego completamente exclusivo de porcelana Ming. Puede hasta afirmar que es médico, porque ese es un rol que usted representa sin fingimiento. Usted es un coleccionista, el juego en cuestión llegó a sus manos, escuchó sobre el interés del barón en ese tema y no tendría problema alguno en vendérselo, si acuerdan el precio.

—¿Qué precio?

—Buena pregunta, Watson. Con certeza, si usted desconoce el valor de lo que vende, podría estar muy por debajo en la demanda. Fue sirJames el que me dio este pequeño plato que proviene, según pienso, de la colección de su cliente. Si usted le afirma que es dificultoso hallar otra pieza igual en el mundo no estará exagerando.

—Quizás sería conveniente ofrecerle someter la pieza a la tasación a un perito.

—¡Perfecto, Watson! Hoy tiene usted auténticos destellos. Indíquele Christie o Sotheby. Su escrúpulo le impide imponer, usted mismo, un precio.

—¿Y si no quiere recibirme?

—Desde luego que lo recibirá. Posee una manía coleccionista en su fase más aguda, y particularmente en porcelanas, tema en el que es reconocido como autoridad. Tome asiento, Watson, que le dictaré yo mismo la misiva. No precisa respuesta. Simplemente le informará que va a hacerle una visita y con qué objeto.

El documento salió perfecto: conciso, amable y tentador para la curiosidad del experto. En un momento, lo llevó un mensajero de distrito. Esa misma noche, con el hermoso plato en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, di comienzo a mi aventura.

La fastuosidad de la construcción y del parque dejaba ver, como sirJames había sostenido, que el barón Gruner era un hombre de considerable riqueza. Una extensa y sinuosa avenida de carruajes, bordeada a ambos lados por arbustos exóticos, terminaba en una amplia plaza de gravilla engalanada con esculturas. La finca había sido erigida por un rey del oro de Sudáfrica, en el tiempo del auge febril de las minas, y la construcción, larga y de escasa altura, con pequeñas torres en las esquinas, sobresalía por su tamaño y por su fortaleza, aunque fuese un delirio arquitectónico.

Un mayordomo, que habría sido un ornamento en un tribunal de obispos, me indicó que entrara y me colocó en manos de un lacayo de librea, que me guio ante el barón. Se encontraba de pie delante de una enorme vitrina, cuya parte frontal se hallaba abierta, entre dos ventanas, y que tenía una parte de su colección de porcelanas chinas. Cuando ingresé se dio vuelta con un pequeño jarrón de tono castaño en la mano.

—Por favor, tome asiento, doctor —me solicitó—. Estaba realizando un inventario de mis piezas y me preguntaba si en verdad puedo permitirme agregar otros ejemplares. Tal vez esté interesado en este pequeño Tang, del siglo xvii. Tengo la certeza de que usted nunca ha visto un trabajo de mayor nobleza, ni un esmalte más rico. ¿Trae consigo el plato Ming al que hizo referencia?

Le saqué la envoltura con sumo cuidado y se lo di. Se sentó a su escritorio, aproximó la lámpara, porque ya oscurecía, y comenzó a estudiarlo. En esa actitud, la luz dorada le daba sobre sus facciones, y pude examinarlas a gusto.

Sin duda, era un individuo de extrema belleza. Su popularidad en Europa parecía bien merecida. Aunque tenía una estatura mediana, poseía esbeltez y estaba repleto de vitalidad. Su tez era morena, casi oriental, y sus ojos, negros, indolentes, muy bien podían producir una fascinación irresistible sobre las mujeres. Su cabello y su bigote eran del color negro del cuervo, y este último era corto, en punta y bien acicalado.

Sus facciones eran proporcionadas y atractivas, con excepción de su boca, de labios rectos y finos. Si alguna vez vi una boca de homicida fue, sin ninguna duda, aquella; un tajo en el rostro, feroz, duro, con bordes apretados, inapelable y terrorífico. Era una equivocación evitar que el bigote la disimulase, cubriéndola, porque era un signo de peligro colocado por la naturaleza como aviso para sus víctimas. Su voz era atractiva y sus maneras, inigualables. Conjeturé que tendría algo más de treinta años, más allá de que después se constató, por sus documentos, que tenía cuarenta y dos.

—¡Maravilloso, en verdad! ¡Maravilloso! —dijo finalmente—. Así que usted tiene un juego de seis servicios. Lo que me llama la atención es no haber escuchado hablar, hasta el momento, de la existencia de tan grandiosas piezas. Sé de un solo juego en Inglaterra que pueda estar a la par de este, pero no hay ninguna chance de que salga a la venta. ¿Sería demasiado impertinente, doctor Hill Barton, si le pregunto cómo consiguió tener en su poder este original e inestimable ejemplar?

—¿Eso es importante? —le repregunté, con el aire más despreocupado que pude simular—. Usted constató que es una pieza genuina y, en lo que se refiere al precio, me contento con que la tase un perito.

—Es muy enigmático —señaló, y en sus negros ojos fulguró un repentino recelo—. En una operación con mercancías tan valiosas, es normal que uno quiera estar informado de todos los pormenores. No existen dudas de que es una pieza auténtica. Sobre esa cuestión poseo absoluta certeza. Pero no puedo sino prever todas las contingencias: ¿y si después sucede que usted no tenía derecho a vender el juego?

—Estoy en condiciones de otorgarle una garantía contra cualquier demanda de esa índole.

—Lo que nos conduce a plantear el tema del valor real de esa garantía.

—Acerca de eso, le responderían mis banqueros.

—Desde luego, sin embargo este negocio me parece fuera de lo corriente.

—Puede tomarlo o dejarlo —afirmé indiferente—. Es usted la primera persona a la que se lo ofrezco, porque estoy al tanto de que es un experto en la materia; pero no hallaré ningún problema en vendérselo a alguien más.

—¿Quién le dijo que yo era un experto?

—Supe que había escrito un libro sobre el tema.

—¿Leyó ese libro?

—No.

—¡Por Dios, esto cada vez se me hace más difícil de comprender! Usted, un entendido y un coleccionista que posee un ejemplar de sumo valor y, no obstante, no se preocupa por leer el único texto que podía haberle informado acerca del auténtico alcance y el valor de lo que poseía en las manos. ¿Cómo puede explicarme eso?

—Soy una persona muy ocupada. Ejerzo la medicina habitualmente.

—Esa no es una respuesta adecuada. Cuando una persona tiene una inclinación la continúa hasta el fin, sean cuales fueren sus otras actividades. En su misiva, me informaba que usted es un experto en la materia.

—Y lo soy.

—¿Podría hacerle algunas preguntas? Doctor, no puedo sino expresarle que este suceso me resulta cada vez más llamativo. Digo doctor en caso de que efectivamente usted lo sea. Dígame, ¿qué conoce usted acerca del emperador Shormi y de qué forma lo vincula con el Shoso-in, cerca de Nara? ¿Qué, lo perturba? Dígame algo sobre la dinastía norteña de Wei y del lugar que tiene en la historia de la porcelana.

Me levanté rápidamente de mi asiento, fingiendo disgusto:

—Esto es inconcebible, señor. He venido con la intención de hacerle a usted un favor, y no para que me tome examen, como si yo fuera un alumno de escuela. Tal vez mis conocimientos sobre el tema solo se vean menoscabados ante los suyos, pero, por supuesto, no voy a responder preguntas que se me formulan de manera tan ofensiva.

Fijó sus ojos en mí. Se había esfumado de su mirada la indolencia. Brillaron repentinamente. Entre sus labios perversos había un resplandor de dientes.

—¿Cuál es su juego? Usted ingresó aquí como un espía. Usted es un enviado de Holmes. Es una treta que me están haciendo. Según sé, ese hombre está agonizando, y por ese motivo, indudablemente, envía emisarios para que me acechen. Por Dios, usted llegó hasta aquí sin autorización, pero le será más dificultoso irse.

Se levantó de un salto y yo me fui para atrás, dispuesto a hacer frente a su ataque, porque el sujeto se hallaba fuera de sí por la rabia.

Tal vez había recelado de mí desde el primer momento; por supuesto, la interpelación le había hecho ver la realidad; era obvio que yo no podía pretender engañarlo. Metió la mano en un cajón de costado y rebuscó frenéticamente adentro. Pero, de repente, algo llegó a sus oídos, porque se quedó quieto, mientras oía con atención.

—¡Ah! —gritó—. ¡Ah! —y se abalanzó dentro de la habitación, cuya puerta estaba a sus espaldas.

En dos zancadas llegué hasta la puerta abierta. Nunca se irá de mi recuerdo la escena que vi allí. La ventana a través de la que se salía al jardín se hallaba totalmente abierta. Al lado de ella, como si fuese un espantoso fantasma, con la cabeza ceñida de vendajes manchados de sangre, el rostro afilado y pálido, se hallaba Sherlock Holmes. Un momento más tarde se había esfumado por aquella abertura, y llegó hasta mis oídos el crujido de las matas de laurel al caer sobre ellas su cuerpo.

El propietario de la casa lanzó un alarido de furia y se apresuró hacia la ventana abierta para ir tras él. ¡Y en ese segundo...! Porque fue en un segundo, sí, pero yo lo advertí con total claridad. Un brazo, un brazo de mujer emergió con violencia de entre las hojas. Casi en el mismo instante el barón emitió un grito horrendo; un chillido que siempre resonará en mi mente.

Se llevó con energía las dos manos al rostro y comenzó a correr por el cuarto, dándose la cabeza contra las paredes. Después, se tumbó sobre la alfombra, rodando sobre sí y arqueándose en tanto sus chillidos, sin interrupción, inundaban toda la casa.

—¡Agua, por Dios, agua! —se quejaba.

Agarré un botellón que estaba sobre una mesa de costado y corrí para ayudarlo. En ese mismo momento, vinieron apurados, del vestíbulo, el mayordomo y algunos lacayos. Me acuerdo de que uno se desvaneció al inclinarse junto al herido y poner bajo la luz de la lámpara esas facciones que provocaban horror.

El vitriolo[[1]](#footnote-1) iba destruyéndolo por todas partes, y goteaba desde las orejas y la barbilla. Uno de sus ojos ya se había vuelto blanco, como si fuese de cristal. El otro se encontraba rojo e hinchado.

El rostro que, unos minutos antes, me había despertado admiración, era como un hermosísimo cuadro sobre cuya extensión hubiese pasado el pintor una esponja mojada y llena de desechos.

Sus facciones se habían borroneado, deshumanizado, decolorado, se habían vuelto horrendas.

En breves palabras, expliqué lo que había sucedido, solo en lo que se refería a la agresión con vitriolo. Unos saltaron a través de la ventana y otros fueron corriendo por la pradera, pero ya estaba oscuro y comenzaba a llover. Entre chillido y chillido, la víctima se encolerizaba con la justiciera, gritando:

—Fue Kitty Winter, esa mujer del diablo. ¡Demonio de mujer! ¡Lo habrá de pagar, lo habrá de pagar! ¡Dios mío, este dolor es mayor que mis fuerzas!

Le unté el rostro con aceite, coloqué algodón en rama a las partes en carne viva y le apliqué una inyección de morfina por vía hipodérmica. La terrorífica expresión había diluido de su cabeza toda desconfianza respecto de mí; se agarraba a mis manos como si, incluso en esa circunstancia, yo tuviese la capacidad de curar esos ojos de pez muerto que se daban vuelta y pretendían mirarme.

Aquella ruina me habría hecho prorrumpir en lágrimas, si yo no hubiese recordado tan vívidamente la vida de vergüenza que había conllevado, como resultado, una transformación tan espantosa. Me causaba repulsión el apretón de sus manos abrasadoras, y me sentí aliviado cuando su médico de cabecera, seguido raudamente por un especialista, llegaron para reemplazarme. Asimismo, se presentó un inspector de policía, al que yo le di mi verdadera tarjeta.

Habría sido tan infructuoso como desatinado hacerlo de otra manera, porque en Scotland Yard yo era conocido, casi tanto como Holmes. Después me fui de esa casa, llena de desconsuelo y de espanto. En menos de una hora estaba en Baker Street.

Holmes se hallaba en su sillón habitual; se veía sumamente pálido y agotado. Más allá de sus heridas, hasta sus nervios de acero habían sido conmovidos por los sucesos de esa velada. Escuchó con horror mi narración de la metamorfosis padecida por el barón.

—¡De esa manera paga el demonio, Watson, de esa manera paga el demonio! —aseveró—. Tarde o temprano, siempre sucede lo mismo. Muy bien sabe Dios que sus pecados eran muchísimos —adujo, tomando de la mesa un volumen de color castaño—. Este es el libro al que se refirió aquella dama. Si esto no logra desbaratar el casamiento, nada podrá conseguirlo. Pero la desbaratará, Watson. No existe alternativa. Ninguna mujer que se respete a sí misma podría mostrarse indiferente.

—¿Es el diario de sus amores?

—O el diario de sus lujurias. Denomínelo como mejor le plazca. No bien esa mujer nos refirió sobre este libro, supe que disponíamos de un arma poderosa, si era capaz de obtenerlo. Entonces no mencioné nada que dejara ver mis propósitos, porque la mujer hubiese podido hablar de más. Pero reflexioné mucho sobre ese libro. Luego, el ataque del que fui objeto me brindó la ocasión de hacerle pensar al barón que no precisaba ya tomar prevenciones en mi contra. Todo iba bien.

”Tal vez, yo hubiese aguardado algo más, pero su cercano viaje a Estados Unidos me obligó a hacerlo de inmediato. Ese hombre no iba a dejar aquí un testimonio que lo comprometía tanto. Debíamos realizar la misión de inmediato. Trepar de noche la casa se hacía imposible, porque ese sujeto tomaba prevenciones, pero cabía una posibilidad de realizarlo durante la velada, si yo lograba desviar su atención hacia otro sitio. Allí ingresaron a escena usted y su plato azul. Pero debía saber con certeza el lugar en el que se hallaba el libro; solo tenía unos pocos minutos para actuar, porque mi tiempo estaba restringido por sus conocimientos sobre cerámica china.

”Atento a esto, en el último momento, permití que la joven fuera conmigo. ¿Cómo iba a imaginar lo que llevaba en el pequeño paquete tan cuidadosamente oculto bajo su capa? Yo pensaba que había ido a trabajar solo por mi cuenta, pero, como se ve, ella también tenía su propósito.

—Ese hombre advirtió que yo era un emisario suyo.

—Lo temía. Pero a decir verdad, usted lo entretuvo lo suficiente como para que yo tomase del libro, pero no lo bastante para que escapara sin que nadie lo notara... ¡Hola, sirJames, me pone muy contento que haya venido usted!

Nuestro amable amigo había llegado en respuesta a una llamada previa. Oyó con la más honda atención lo ocurrido de boca de Holmes.

—¡Es magnífico lo que hizo, magnífico! —dijo al final—. Pero si esas heridas revisten tanta gravedad, como afirma el doctor Watson, habremos obtenido nuestro propósito: deshacer ese casamiento sin necesidad de emplear ese espantoso libro.

Holmes negó con la cabeza.

—Las damas del estilo de la señorita De Merville no obran de esa manera. Lo amaría aún más si lo reputara como un mártir deformado. No, no. Lo que debemos demoler es su aspecto moral, no su aspecto físico. Ese libro la hará aterrizar desde las nubes a la tierra. Es lo único capaz de lograrlo. Ha sido escrito de su puño y letra. Ella no puede descartarlo.

SirJames se llevó consigo el libro y el invaluable plato. Como yo ya me encontraba retrasado, bajé con él hasta la acera. Un coche estaba aguardando a sirJames; subió, dio una orden escueta al formal conductor, y el vehículo se fue con rapidez. SirJames puso su sobretodo sobre la ventanilla, de forma que la mitad que quedaba afuera tapaba el escudo que mostraba el panel, pero, no obstante ello, yo pude verlo a la luz del vidrio de nuestra puerta. Por un momento, el asombro me dejó sin aire. Me di vuelta y subí hasta la habitación de Holmes.

—Descubrí quién es nuestro cliente —grité, mientras entraba de golpe con mi gran novedad—. Sepa, Holmes, que es...

—Es un amigo noble y un caballero —afirmó Holmes, mientras extendía la mano para hacerme callar—. Suficiente con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Desconozco de qué forma se usó el libro delator. Tal vez fue sirJames quien tuvo a su cargo esa tarea, aunque, por lo delicado de esta, es posible que recayese en el padre de la muchacha. Fuese como fuere, el resultado fue el que se deseaba.

Tres días más tarde se publicó en *The Morning Post* un anuncio que informaba que el casamiento entre el barón Adelbert Gruner y la señorita Violeta de Merville no se realizaría. En el mismo ejemplar del diario había una reseña de la primera vista, ante el tribunal de policía, en la acusación contra la señorita Kitty Winter, por el serio delito de lanzamiento de vitriolo. En dicha causa se expusieron tales atenuantes que, según se tendrá memoria, su sentencia fue la pena mínima aplicable a ese delito.

Sherlock Holmes estuvo en riesgo de que lo acusaran de robo con persecución, pero cuando el fin es noble y el cliente lo suficientemente ilustre, hasta la severa justicia inglesa se hace más humana y elástica. Hasta el momento, mi amigo no debió sentarse en el banquillo de los acusados.

**2**

**La aventura del soldado de la piel decolorada**

Las ideas de mi amigo Watson, aunque restringidas, son asombrosamente obstinadas.

Desde hace bastante tiempo, me ha venido fustigando para que narre uno de mis casos. Tal vez, yo mismo haya estimulado dicho acoso, porque en más de una oportunidad le hice notar la banalidad de sus crónicas, inculpándolo de direccionarse hacia el gusto popular en vez de constreñirse, severamente, a los acontecimientos y a los números. “¡Trate de escribir usted, Holmes!”, me solía responder, y ahora, luego de agarrar la pluma en mi mano, me veo obligado a admitir que, ciertamente, comienzo a percatarme de que es necesario presentar la cuestión de forma que pueda despertar el interés del lector. Es improbable que el caso que sigue a continuación no cautive, pues se encuentra entre los más exóticos de mi colección, aunque Watson no disponga de anotaciones sobre él en la suya. Ya que hago mención de mi antiguo amigo y biógrafo, utilizaré la ocasión para hacer hincapié en que, si en mis diversas y pequeñas investigaciones, pongo sobre mí la carga de un compañero, no lo hago por sentimentalismo ni por antojo, sino porque Watson tiene algunas sobresalientes cualidades propias, a las que no ha otorgado relevancia, impulsado por su humildad y por la apreciación excesiva que hace de mis propias actuaciones. Así como un confederado, con capacidad de predecir siempre las inferencias a las que usted va a arribar y el camino de acción que va a tomar es peligroso; ese otro al que todas las novedades que suceden le caen como una sorpresa constante, y para el que el futuro es siempre un libro cerrado resulta ser, realmente, una ayuda ideal.

Advierto por mis cuadernos de notas que fue en el mes de enero de 1903, recién concluida la Guerra de los Bóeres, cuando me visitó el señor James M. Dodd, un británico voluminoso, saludable, tostado por el sol, bien plantado. El bueno de Watson me había dejado para seguir a una esposa, el único acto de egoísmo de su parte que recuerdo del tiempo en que nos hallábamos asociados. Por consiguiente, yo me encontraba a solas.

Mi costumbre habitual es sentarme de espaldas a la ventana y solicitar a mis visitas que se sienten en la silla de enfrente, de tal forma que la luz les dé en el rostro. James M. Dodd demostró que no sabía cómo comenzar la charla. No traté de ayudarlo, porque su silencio me otorgaba más tiempo para poder estudiarlo. He constatado que es positivo generar en los clientes una imagen de poder, y por ello, le hice notar algunas de las deducciones a las que yo había arribado.

—Observo, señor, que ha llegado usted de Sudáfrica.

—Así es, señor Holmes, usted es adivino.

—Del Cuerpo de Voluntarios de Caballería Imperial, si no estoy en un error. Del regimiento de Middlesex, sin ninguna duda.

—Ciertamente, Holmes, usted es adivino.

Esbocé una sonrisa al oír su expresión de asombro.

—Cuando un hombre de aspecto varonil ingresa en mi sala con las facciones con una tonalidad que el sol de Inglaterra no podrá brindarle jamás, y a eso se suma el detalle de que tiene el pañuelo dentro de la manga, en vez de guardarlo en el bolsillo, no se hace dificultoso definir su profesión. Usa usted la barba corta, y eso permite inferir que no forma parte del ejército profesional. Tiene toda la apariencia de un jinete. En cuanto a ubicarlo en el Cuerpo de Middlesex, ya su tarjeta me permitió enterarme de que es usted corredor de Bolsa, en la calle Thorgmorton. ¿De qué otro regimiento podía usted formar parte?

—Usted lo ve todo.

—No veo más allá de lo que ven todos, pero me he ejercitado en detenerme en lo que veo. Bien, señor Dodd, usted no vino esta mañana a verme para hablar acerca de la ciencia de la observación, ¿no es cierto? ¿Qué es lo que le sucede en Texbury Old Park?

—¡Señor Holmes...!

—No existe en ello ningún enigma, estimado señor. Su carta estaba datada en ese sitio, y como usted pedía esta reunión en términos muy imperiosos, se hacía evidente que había sucedido algo de importancia, de forma súbita.

—Y es así, efectivamente. Sin embargo yo escribí la misiva a la tarde y desde ese momento sucedieron muchas cosas. Si el coronel Emsworth no me hubiera echado de ahí a patadas...

—¡Que lo echó a patadas!

—Bueno, en verdad, lo que hizo fue lo mismo. Este coronel Emsworth no se detiene ante nada. En su época de militar, fue el ordenancista más estricto que había en el ejército y aquella era una época en la que se usaba un lenguaje duro. Yo no habría estado al lado del coronel de no ser por Godfrey.

Prendí mi pipa y me arrellané en mi asiento, diciéndole:

—Explíquese con claridad.

Mi cliente sonrió con malevolencia y me respondió:

—Es que yo había terminado por creer que usted lo sabe todo sin necesidad de que se lo digan. Sin embargo, en fin, lo pondré al tanto de los hechos y ojalá pueda decirme el alcance que tienen. Me pasé toda la noche despierto y dándole vueltas en la mente al tema, pero, cuanto más pienso, más inverosímil me parece...

”En el mes de enero de 1901, o sea, hace dos años, cuando me incorporé, el joven Godfrey Emsworth prestaba servicio en el mismo escuadrón. Era el hijo único del coronel Emsworth, el de la Cruz Victoria de la Guerra de Crimea. Por sus venas corría sangre guerrera, y no es de extrañar que se alistara como voluntario. En todo el regimiento no había joven con más capacidad. Trabamos amistad, ese tipo de amistad que solo se alcanza cuando dos personas viven la misma vida y comparten idénticas alegrías y penas. Era mi camarada. Esta palabra tiene un gran significado en el ejército. Durante todo un año de arduo combate, pasamos juntos las buenas y las malas. Hasta que, en la acción que se produjo cerca de Diamond Hill, en los alrededores de Pretoria, lo hirieron con una bala de grueso calibre. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad del Cabo y otra desde Southampton.

”Bueno, terminada la guerra y ya todos de vuelta, escribí a su padre, para preguntarle sobre el paradero de Godfrey. No me respondió. Aguardé y le escribí nuevamente. En esa oportunidad, recibí una respuesta breve y hosca. Godfrey se había ido a un viaje alrededor del mundo y no era probable que regresase antes de un año. Y nada más... Yo no me quedé conforme, señor Holmes. Todo eso me pareció absolutamente extraño. Godfrey era un joven excelente y no era factible que hiciera a un lado a un camarada de esa manera. No se ajustaba a su manera de ser.

”Aparte, yo estaba al tanto de que debía heredar una cifra importante de dinero y que su padre y él a menudo no estaban de acuerdo. El viejo era, a veces, agresivo y el joven Godfrey era demasiado íntegro como para tolerarlo. No, yo no me conformé y tomé la decisión de ir hasta la raíz de la cuestión. Sin embargo, como mis propias cuestiones demandaban mucha atención, luego de dos años de ausencia, no pude abocarme al tema de Godfrey hasta esta semana. Y como ya puse manos a la obra, dejaré todo de lado hasta llevarlo a feliz término.

James M. Dodd me dio la impresión de ser una de esas personas a las que es mejor tener como amigo que como enemigo. Sus ojos azules tenían un gesto duro y su mandíbula cuadrada se había tensionado en tanto hablaba.

—¿Y qué hizo usted? —inquirí.

—Mi primer paso fue ir a su residencia, Texbury Old Park, cerca de Bedford, para observar con mis propios ojos de qué manera se presentaba el panorama. Por ese motivo le escribí a la madre; no deseaba tratar más con el espantoso del padre. Fue un embate de frente: que Godfrey era mi camarada; que yo sentía un profundo interés, que ella comprendería, por lo que habíamos vivido juntos; que iba a estar por el pueblo y si ella no tenía ninguna objeción, etcétera. La respuesta fue sumamente cortés y en ella se me invitaba a pernoctar. Eso fue lo que el lunes me condujo allí...

”El antiguo palacio de Texbury se encuentra en un sitio de difícil acceso, a diez kilómetros de distancia de cualquier punto. En la estación, no había ningún coche, así que me vi forzado a realizar el camino a pie, cargando mi maleta, y ya había casi anochecido cuando llegué. Es una gran edificación aislada, que se erige dentro de un amplio parque. Yo afirmaría que pertenece a toda clase de épocas y de estilos, porque comienza en una base isabelina, que es mitad de madera, y termina en un pórtico de la época victoriana. Adentro, era todo molduras, tapices y antiguas pinturas algo difusas; es decir, una morada sombría y misteriosa. Estaba el viejo Ralph, el despensero, que aparentaba tantos años como la casa y su mujer, que era incluso mayor que él, había sido niñera de Godfrey y yo lo había escuchado referirse a ella como a una madre, a la que amaba casi tanto como a su verdadera madre; por ese motivo, me sentí atraído hacia ella, a pesar de su apariencia extraña. Asimismo, me llevé bien con la madre, que era una dama menuda y afectuosa como una ratita blanca. Con el único que no congenié fue con el coronel... Desde el primer instante, tuvimos nuestros más y nuestros menos, y tuve ganas de volverme en el mismo momento a la estación. Si no lo hice así fue porque tuve la impresión de que sería facilitarle las cosas. Me llevaron de inmediato a su estudio y allí lo hallé, voluminoso, de espaldas encorvadas, piel oscura, larga barba hirsuta, sentado detrás de su escritorio repleto de papeles.

”Su nariz, atravesada por venas rojas, sobresalía como el pico de un buitre y los ojos grises, punzantes, se fijaron en mí debajo de unas cejas espesas y prominentes. Entendí por qué Godfrey mencionaba poco a su padre.

”—Vamos a ver, señor —dijo, con voz seca—; me gustaría saber los auténticos motivos de su visita.

”Le respondí que ya los había expuesto en la misiva que le había escrito a su esposa.

”—Sí, sí, allí explicaba usted que conoció a Godfrey en África y, como es obvio, no contamos con más pruebas que sus dichos.

”—Llevo misivas suyas en el bolsillo.

”—¿Quisiera tener la gentileza de enseñármelas?

”Ojeó las dos que le di y después me las entregó, preguntándome:

”—Bueno, ¿y qué?

”—Yo aprecio mucho a su hijo, señor. Nos vinculan muchos lazos y remembranzas. ¿No es lógico que me sorprenda de su súbito silencio y que quiera saber qué fue de él?

”—Me parece recordar, señor, que ya me escribí con usted, y que le dije lo que había pasado con él. Emprendió un viaje por el mundo. Luego de lo que sucedió en África, su estado de salud estaba debilitado y tanto su madre como yo pensamos que necesitaba descansar completamente y hacer un cambio. Tenga usted la gentileza de dar esta explicación a cualquier otra amistad que pudiese tener interés en el tema.

”—Por supuesto —le respondí—. Pero yo le solicitaría que fuese tan gentil de darme los datos de la línea naviera y del vapor en el que embarcó y la fecha en que lo hizo. De esa manera, sé que lograré que le llegue una carta.

”Esta solicitud pareció turbar e indignar a mi anfitrión. Sus pobladas cejas prominentes se volcaron sobre sus ojos y dio golpecitos de impaciencia sobre la mesa. Finalmente, alzó los ojos con el gesto de un jugador de ajedrez que ha visto realizar a su oponente una jugada de riesgo y acaba de encontrar la movida con que va a detener el golpe.

”—Señor Dodd —respondió—, son muchos los que se ofenderían a raíz su endemoniada porfía y que calificarían que esta obstinación suya limita con una gran impertinencia.

”—Impútelo, señor, al afecto que tengo por su hijo.

”—Precisamente, pero ya alcancé el límite de lo que estoy en condiciones de soportar por esa causa. Debo solicitarle que haga a un lado sus investigaciones. En todas las familias hay ciertas privacidades e intenciones que no siempre pueden ser compartidas con los extraños, por mejor que sea el propósito. Mi mujer tiene sumo interés en que usted le narre anécdotas pasadas de Godfrey, pero yo le pido que se olvide de su presente y de su futuro. Sus indagaciones no tienen ningún objetivo útil y nos ponen en una situación complicada y difícil.

”Así pues, señor Holmes, hallé que el camino estaba cerrado. No había manera de avanzar. Lo único que me restaba era fingir que consentía la situación, con la promesa íntima de no cejar hasta esclarecer qué había pasado con mi amigo.

”La cena fue triste. Comimos serenamente los tres, en una antigua sala sombría y deteriorada. Con ansiedad, la señora me hizo preguntas sobre su hijo, pero el anciano parecía hosco y melancólico. Todo eso me provocó un tedio tal que me excusé lo antes que pude, dentro de los buenos modales, y me fui a mi habitación. Era este un cuarto grande y sin ornamentos, ubicado en la planta baja, tan sombrío como el resto del lugar; pero, Holmes, luego de pernoctar por un año en la estepa africana, uno termina siendo poco exigente en esas cuestiones. Abrí las cortinas y me acerqué a la ventana para observar el jardín, deteniéndome en que era una noche bella con la media luna que brillaba en el firmamento. Luego, me senté al lado de las llamas de la chimenea, con la lámpara a mi lado, sobre una mesa, e intenté alejar mis pensamientos leyendo una novela.

”Pero el ingreso de Ralph, el viejo despensero, que venía con un nuevo suministro de carbón, me interrumpió la lectura.

”—Creí que tal vez el que tiene se le terminara durante la noche, señor. El tiempo es riguroso y estos cuartos son fríos.

”Dudó antes de irse del dormitorio, y al dar vuelta yo la vista, hallé que estaba parado y que su arrugado rostro me observaba con gesto ansioso.

”—Señor, yo le suplico que me disculpe, pero no pude sino oír lo que dijo de mi joven Godfrey en la cena. Ya estará usted al tanto de que fue mi esposa la que lo crió, así que casi se podría aseverar que yo soy su padre adoptivo. Por lo tanto, es normal que nosotros estemos interesados en el señorito. ¿Así que, según cuenta usted, se comportó como un hombre valiente?

”—En todo el regimiento no hubo nadie más valiente. En cierta oportunidad, me quitó de abajo mismo de los rifles de los bóeres y tal vez si él no hubiera actuado así, yo no me encontraría aquí en este instante.

”El viejo despensero se restregó las arrugadas manos.

”—Sí, señor, sí, eso cuaja totalmente con la forma de ser del señor Godfrey. Siempre fue valiente. No existe en el parque ni un árbol que no haya escalado. Nada podía pararlo. Fue un muchachito espléndido y también, señor..., también de hombre fue espléndido.

Me puse de pie de un salto y exclamé:

”—¡Qué! Dice usted fue. Habla como si hubiese fallecido. ¿Qué secreto hay en todo esto? ¿Qué fue de Godfrey Emsworth?

”Tomé al viejo de los hombros, pero él se fue para atrás.

”—No comprendo lo que usted dice, señor. Si quiere saber alguna cosa del señor Godfrey, pregunte al amo. Él sabe. Yo no debo inmiscuirme.

”Iba a irse del cuarto, pero yo lo agarré del brazo y le dije:

”—Oiga. Va a responderme una sola pregunta antes de irse, porque, en caso contrario, estoy dispuesto a retenerlo aquí toda la noche. ¿Godfrey murió?

”No pudo sostenerme la mirada. Parecía como hipnotizado. La respuesta brotó de su boca como si yo se la hubiese arrancado. Y fue tremenda e imprevista.

”—¡Dios querría que hubiese muerto! —dijo y zafando de mis manos se lanzó fuera del cuarto.

”Ya supondrá usted, Holmes, que no regresé a mi sillón en un buen estado de ánimo. Consideré que los dichos del viejo únicamente podían tener un sentido. Era obvio que mi desdichado amigo había sido víctima de algún acto criminal o, al menos, ignominioso y que perturbaba el honor familiar. Por ese motivo, aquel anciano autoritario había mandado lejos a su hijo, escondiéndolo de todos para eludir algún escándalo público. Godfrey era un joven irreflexivo, que se dejaba llevar con facilidad por quienes estaban a su alrededor. Sin duda, debía haber caído en malas manos, que lo habían perdido y llevado a la ruina. Si en verdad era así, el hecho era lamentable; pero aun en una eventualidad como esa, mi obligación era buscarlo hasta encontrarlo, con el objetivo de saber si podía socorrerlo. Me hallaba absorto y reflexionando con desazón sobre el tema, cuando elevé la vista y me topé, de golpe, con el mismísimo Godfrey Emsworth, que estaba parado delante de mí.

Mi cliente se detuvo, como alguien preso de una honda emoción. Al percibir su estado, le dije:

—Continúe, por favor. Su asunto presenta algunas características que salen de lo común.

—Señor Holmes, mi amigo se hallaba en la parte externa de la ventana, con el rostro aplastado contra el vidrio. Le dije previamente que yo me había asomado para observar cómo estaba la noche. Cuando lo hice, dejé las cortinas algo abiertas. La imagen de mi amigo estaba encuadrada en esa abertura de las cortinas. La ventana alcanzaba hasta el piso mismo, por lo que pude ver toda su estampa, pero fue su cara la que atrapó mi vista. Se encontraba mortíferamente pálida; jamás vi un hombre de facciones tan blancas. Pienso que esa tiene que ser la blancura de los fantasmas; pero su mirada se cruzó con la mía y, ciertamente, eran los ojos de alguien que estaba vivo. Cuando se dio cuenta de que lo miraba, saltó hacia atrás y se esfumó en las sombras...

”Holmes, en la apariencia de ese hombre hubo algo que me provocó una dolorosa impresión. No era solo el rostro cadavérico que sobresalía en la oscuridad, tan blanco como el yeso. Era algo más etéreo; algo como deshonroso, clandestino, algo como secreto; en fin, algo totalmente diferente de la sinceridad y la dignidad que yo conocí en ese joven. Me quedó en el corazón una sensación de espanto...

”Pero el hombre que estuvo en la guerra un año o dos, teniendo como enemigo en la batalla al hermano bóer, sabe mantener los nervios templados y actuar con velocidad. Cuando Godfrey desapareció, yo ya me había arrojado hacia la ventana.

”Su cierre estaba algo trabado y demoré un poco en poder alzarla. A continuación, me metí por la abertura y me apresuré por el sendero del jardín, en la dirección que pensé que podría haber tomado mi amigo.

”El sendero era extenso y la luz escasa, pero me dio la impresión de que algo se movía adelante de mí. Continué corriendo y dije su nombre, pero no sirvió de nada. Al alcanzar el final del sendero, encontré que se bifurcaba en varias direcciones que iban a distintos edificios contiguos a la casa. Me quedé vacilante y entonces oí, con absoluta nitidez, el sonido de una puerta que se cerraba. No había sido en la casa, atrás de mí, sino frente a mí, en algún lugar de la oscuridad.

”Aquello fue suficiente, Holmes, para persuadirme de que lo que había visto no era una alucinación. Godfrey había escapado corriendo de mí y se había ocultado en algún lugar, y luego había cerrado la puerta. De eso tenía certeza. Ya no podía hacer más. Pasé una noche angustiante, dándole vueltas al tema en mi mente e intentando hallar alguna explicación a la que se ajustase todo lo acontecido. Al otro día, el coronel estaba con un temperamento más conciliador y, como su esposa me comentó que en los alrededores había sitios que valía la pena visitar, aproveché la ocasión para inquirir si les sería incordioso que yo pasara allí una noche más. La hostil aquiescencia del anciano me dio un día completo para la observación.

”Estaba absolutamente seguro de que Godfrey se escondía cerca de allí, pero debía encontrar aún el lugar y el motivo de tal ocultamiento... La casa era tan enorme y tan repleta de escondrijos, que podía ocultarse allí un regimiento completo sin que nadie notase su presencia. Si el secreto se encontraba allí, me sería dificultoso revelarlo. Pero la puerta que había escuchado cerrarse se encontraba, con certeza, afuera de la casa. Era necesario que inspeccionase el jardín por si podía encontrar algo. Ningún impedimento se me presentaba para eso, porque ambos ancianos estaban ocupados cada uno en sus cuestiones y me dieron libertad para que pasara mi tiempo como más me gustara.

”Había algunos pequeños edificios que se usaban como dependencias de la casa, pero al fondo del jardín, se erigía una construcción aislada y de tamaño medio; lo bastante como para funcionar como vivienda de un jardinero o de un guarda de caza. ¿Sería desde ese sitio que había venido el ruido de la puerta al cerrarse? Me aproximé a la edificación con aire despreocupado, como si estuviera dando un paseo sin rumbo fijo por el parque.

”Cuando lo hice, salió de la puerta un hombre menudo, avispado, con barba, saco negro y sombrero hongo; o sea, que no tenía la apariencia de ser un jardinero. Para mi gran asombro, el hombre cerró la puerta con llave luego de salir y la metió en su bolsillo. Después, me miró con algo de sorpresa y me preguntó:

”—¿Es visitante en esta casa?

”Le dije que, en efecto, estaba de visita y que era amigo de Godfrey. Y agregué:

”—¡Qué lástima que esté de viaje, porque con seguridad le habría gustado conversar conmigo!

”—Ya imagino que sí. Tengo la certeza de que le habría gustado —me respondió, con gesto de culpa—. Espero que reitere su visita en alguna oportunidad más favorable.

”Continuó su camino, pero, cuando me di vuelta, noté que se había parado y me estaba observando, medio escondido entre las matas de laurel que había en el sector más alejado del jardín. Miré con detenimiento la casita cuando pasé por delante, pero las ventanas se hallaban cerradas con cortinas pesadas y tuve la impresión de que adentro no había nadie. Si me mostraba demasiado intrépido, podía arruinar mi propio juego y hasta me arriesgaba a que me ordenaran irme de la casa, porque tenía la impresión de que me seguían. Por ese motivo, regresé caminando al edificio principal y postergué para la noche hacer nuevas investigaciones.

”Cuando todo ya estaba oscuro y sereno, salí por la ventana de mi cuarto y fui, lo más silenciosamente que pude, hasta la enigmática casita. Dije ya que las ventanas se encontraban tapadas por cortinas pesadas, pero ahora las hallé también cerradas con persianas. No obstante, a través de una de ellas, se filtraba algo de luz, y por ese motivo centré mi atención en ella.

”La suerte estaba conmigo, porque la cortina no había sido corrida por completo y podía observar el interior del cuarto por una hendija que tenía la persiana. Era una habitación más bien alegre, en la que ardían una lámpara y un buen fuego en la chimenea. Frente a mí, se encontraba sentado el hombrecito a quien había encontrado a la mañana. Estaba fumando en pipa y leyendo un diario.

—¿Qué diario era? —inquirí yo.

Mi cliente pareció algo molesto por el hecho de que hubiera interrumpido la narración, y preguntó:

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Es absolutamente esencial.

—Pues no reparé en ello.

—Sin embargo, tal vez notó si era un diario de páginas anchas o uno de esos otros, de tamaño más pequeño, como habitualmente son los semanarios.

—Ahora que señala ese detalle, ciertamente no era de páginas grandes. Tal vez fuese *The Spectator*. Pero no me encontraba en situación de pensar en ese tipo de detalles, porque dando la espalda a la ventana había otro individuo sentado y podría asegurar que ese otro hombre era Godfrey. No le veía el rostro, pero reconocí la curvatura de sus hombros, que me era muy familiar. Se hallaba reclinado sobre el codo, en una actitud de profunda melancolía y tenía su vista dirigida hacia el fuego de la chimenea. Yo dudaba acerca de lo que tenía que hacer, cuando recibí un golpe seco en el hombro y hallé, a mi lado, al coronel Emsworth.

”—¡Por aquí, señor, venga! —me indicó en voz baja.

”Se dirigió silenciosamente hasta la casa, y yo fui detrás de él, al cabo de lo cual ambos ingresamos en mi dormitorio. Al atravesar el corredor, agarró un horario de trenes y dijo:

”—A las ocho treinta parte un tren hacia Londres. El coche lo aguardará a las ocho en la puerta.

”Se encontraba blanco de furia y yo me hallé, no hace falta aclararlo, en una situación tan dificultosa que me limité a decir algunas palabras incoherentes como excusa, intentando disculparme por la gran preocupación que tenía por mi amigo. El coronel me dijo con dureza:

”—Este tema no acepta discusión. Cometió usted un acto muy reprobable al meterse en la intimidad de la familia. Usted estaba aquí como huésped y se transformó en un espía. No tengo nada más que decir, señor, además de que no quiero verlo nuevamente.

”Señor Holmes, al escuchar aquello, me salí de mis cabales y comencé a hablar violentamente:

”—Yo vi a su hijo y tengo la certeza de que lo esconde de todos por algún motivo que solo a usted le interesa. No puedo suponer a qué objetivos puede obedecer el que lo aísle de ese modo, pero estoy convencido de que mi amigo está incapacitado para actuar libremente. Le aviso, coronel Emsworth, que no cesaré en mis esfuerzos hasta alcanzar el fondo del enigma, en tanto no tenga la certidumbre de la salud y del bienestar de mi amigo. Por supuesto, no permitiré que nada de cuanto usted diga o haga me intimide.

”En ese momento, el anciano tenía una expresión maligna e incluso llegué a suponer que estaba cerca de agredirme. Dije ya que es un gigantón de apariencia violenta y de facciones enjutas; a pesar de que yo no soy poca cosa, tal vez me hubiese sido difícil defenderme. No obstante, después de lanzarme una colérica y prolongada mirada, se dio media vuelta y se fue del cuarto. Yo, a mi vez, a la mañana tomé el tren que se me había indicado, muy decidido a venir directamente a verlo y a solicitarle consejo y ayuda, para lo que le escribí por una cita.

Este era el problema que mi visitante me contó. Como ya habrá podido ver el lector sagaz, tenía escasas dificultades para su solución, porque en el centro del problema solo había una serie muy limitada de posibilidades. No obstante, por elemental que fuera, poseía puntos interesantes y novedosos, que ameritaban que lo dejara asentado por escrito. Y ahora, utilizando mi conocido método de análisis lógico, pasaré a enunciar, gradualmente, la cantidad de soluciones posibles.

—¿Puede señalarme cuántos criados había en la casa? —inquirí.

—Bueno, atento a lo que vi, infiero que no eran más que el viejo despensero y su esposa. La forma de vida que se llevaba allí era sumamente sencilla.

—¿Así que en la casita independiente no había criado alguno?

—Ninguno, a no ser que trabajase como tal el hombrecito de barba. No obstante, tuve la impresión de que era una persona muy superior a ese puesto.

—He ahí un detalle muy llamativo. ¿Notó usted si llevaban comida desde una casa a la otra?

—Ahora que lo menciona, es verdad, vi al viejo Ralph en el sendero del jardín, yendo hacia la casita, con una cesta. En ese momento, no pensé que la cesta contuviera alimentos.

—¿Hizo alguna investigación en el pueblo?

—Sí. Conversé con el jefe de estación y, asimismo, con el mesonero del pueblo. Solo les pregunté si sabían algo de mi viejo camarada Godfrey Emsworth. Los dos me confirmaron que estaba haciendo un viaje alrededor del mundo, que había vuelto a casa y que, casi de inmediato, volvió a partir para reemprenderlo. Es obvio que la explicación fue aceptada por todos.

—¿No comentó sus recelos?

—No.

—Actuó con mucha cordura. No caben dudas de que tenemos la obligación de investigar el asunto. Volveré con usted a Texbury Old Park.

—¿Hoy mismo?

En ese momento, me hallaba ocupado en aclarar el caso que mi amigo Watson narró bajo el título de *La escuela de la abadía,* en el que tan cerca se encontraba involucrado el duque de Greyminster. Asimismo, me había llegado una misión procedente del sultán de Turquía, que me impelía a una actuación inmediata, porque podían producirse serias derivaciones políticas de no hacerlo de ese modo. En consecuencia, y según está consignado en mi diario, recién a principios de la semana siguiente estuve en condiciones de ponerme en camino para cumplir mi deuda en Bedforshire, junto con James M. Dodd. En tanto nos encaminábamos la estación de Euston, pasamos a buscar a un caballero serio y melancólico, con el aspecto gris del hierro, con el que, con anterioridad, había hecho los arreglos pertinentes.

—Es un antiguo amigo —le expliqué a Dodd—. Tal vez su presencia sea completamente innecesaria y puede, también, que sea esencial. Por el momento, no es necesario que le dé más detalles.

Las crónicas de Watson, sin duda, tienen acostumbrado al lector a que yo no me detenga en palabras inútiles y a que no aclare mis pensamientos hasta que no está resuelto el caso que tengo a cargo. A Dodd le sorprendió, pero no se habló más sobre el tema y los tres continuamos juntos el viaje. Una vez en el tren, le pregunté a Dodd algo que quería que escuchara nuestro acompañante.

—Usted asegura que vio el rostro de su amigo en la ventana con total nitidez, con una nitidez tal que tiene la certeza absoluta de que era él.

—No tengo ninguna duda. Aplastaba la nariz contra el vidrio. La luz de la lámpara lo iluminaba de lleno.

—¿No podría ser alguien parecido?

—No, no, era él.

—Pero asegura que estaba cambiado, ¿no es cierto?

—Solo respecto al color. Su rostro era..., ¿cómo puedo decir...?, de una blancura como de panza de pescado. Se hallaba blanqueada.

—¿Con el mismo tono blanco en todo el rostro?

—Pienso que no. Lo que mejor vi de todo fue la frente, aplastada contra la ventana.

—¿Lo llamó?

—Estaba demasiado conmocionado y espantado en ese momento. A continuación, y como ya le dije, salí a perseguirlo, pero no logré alcanzarlo.

Para mí, el asunto estaba casi completo y solo me restaba un pequeño incidente para redondearlo. Después de un bastante extenso viaje en coche, arribamos a la antigua casa, exótica y aislada, que mi cliente me había descrito. Ralph, el anciano despensero, nos abrió la puerta. Yo había contratado el coche para toda la jornada y había solicitado a mi anciano amigo que se mantuviera dentro de él hasta que lo convocásemos. Ralph, el viejito arrugado, tenía puesto el convencional traje de saco y pantalones negros con raya blanca, con una única y llamativa variante. Usaba guantes de cuero, castaños, que se sacó, de inmediato, al vernos, y colocó sobre la mesa del corredor al entrar nosotros. Como mi amigo Watson ha hecho notar, tengo una agudeza fuera de lo común en mis sentidos; olí un aroma tenue, pero acre. Parecía concentrado en la mesa del corredor. Me di vuelta, deposité ahí mi sombrero, lo dejé caer al piso, me agaché a recogerlo y me las ingenié para aproximar la nariz a menos de treinta centímetros de los guantes. Sí, no había dudas, ese llamativo aroma a brea provenía de ellos. Continué avanzando para entrar en el estudio, con el caso ya resuelto. ¡Qué pena que no pueda sino mostrar las cartas que tengo en la mano cuando narro yo mismo un caso! Watson conseguía llegar a sus brillantes finales escondiendo ese tipo de eslabones de la cadena.

El coronel Emsworth no se encontraba en el cuarto, pero llegó con bastante rapidez cuando recibió el mensaje de Ralph. Escuchamos en el corredor sus pasos apurados y firmes. La puerta se abrió y él ingresó de prisa y corriendo, con la barba desordenada y el gesto contraído, transformado en el anciano más tremendo que jamás he visto. En la mano sostenía nuestras tarjetas, las hizo pedazos y las pisó.

—¿No le dije, desgraciado entremetido, que se considere expulsado de esta casa? No tenga jamás la osadía de mostrar por aquí su maldito rostro. Si entra de nuevo sin mi autorización, tendré el derecho de recurrir a la fuerza. ¡Lo asesinaré a los tiros, señor! ¡Juro por Dios que así lo haré!

—Respecto a usted, señor —continuó, dándose vuelta hacia mí—, considere que forma parte de la misma advertencia. Estoy al corriente de la indigna profesión que profesa, pero tiene usted que usar sus famosos talentos en algún otro lado. Aquí no hay sitio para ellos.

—No puedo irme de aquí —afirmó mi cliente con seguridad— hasta saber, de la propia boca de Godfrey, que no está coartada su libertad.

Nuestro anfitrión, con enfado, hizo sonar la campanilla.

—Ralph —dijo—, llame a la policía del condado y dígale al inspector que mande a un par de guardias. Infórmele que entraron asaltantes en la casa.

—Un momento —lo detuve yo—. Señor Dodd, ya sabe que el coronel Emsworth está en su derecho de dar semejante paso y que, dentro de su propiedad, a nosotros se nos puede considerar fuera de la ley. Por otra parte, él tiene que admitir que usted ha actuado movido, completamente, por el interés que le despierta su hijo. Yo me animo a afirmar que, si se nos otorgan cinco minutos de charla con el coronel Emsworth, lograré, con toda certeza, cambiar su perspectiva de este tema.

—Yo no soy alguien que cambie con facilidad —replicó el veterano soldado—. Ralph, haga lo que dije. ¿Qué demonios espera para hacerlo? ¡Telefonee a la policía!

—No va a hacer nada semejante —afirmé yo, apoyando mi espalda en la puerta cerrada—. Cualquier intromisión de la policía conllevaría la catástrofe que tanto le atemoriza.

Extraje mi cuaderno de notas y escribí una sola palabra en una hoja suelta, que le di al coronel Emsworth:

—Esto es lo que nos condujo hasta aquí.

Permaneció mirando fijo el papel, con un rostro del que se había esfumado toda expresión, fuera de la de sorpresa.

—¿Cómo es que usted sabe eso? —dijo jadeando, al tiempo que se dejaba caer torpemente en su sillón.

—Debido a mi profesión debo aclarar las cosas. Esa es mi ocupación.

El coronel se sumergió en hondas reflexiones, en tanto su mano delgada mecía su barba desordenada. De golpe, hizo un ademán de resignación.

—Muy bien, si ustedes quieren conversar con Godfrey, lo harán. No era esa mi intención, pero me obligaron a eso. Ralph, dígale a Godfrey y al señor Kent que los visitaremos en cinco minutos.

Luego de ese tiempo, fuimos por el sendero del jardín y nos paramos delante de la casa del enigma, que se erigía al final del camino. Un hombrecito de barba nos aguardaba en la puerta, con muestras de gran sorpresa, y nos dijo:

—Fue muy súbito, coronel Emsworth, y arruinará todos nuestros planes.

—No puedo hacer nada, señor Kent. Se nos impuso. ¿Godfrey puede recibirnos?

—Sí, está aguardando adentro.

Nos llevó a un cuarto delantero amplio y amueblado con simplicidad. Un hombre nos aguardaba de pie, de espaldas al fuego. No bien lo vio, mi cliente fue rápido hacia él con la mano extendida.

—¡Godfrey, viejo, esto es maravilloso!

Pero el otro le hizo un gesto con la mano, para indicarle que se alejara.

—Jimmie, no me toques. Estate alejado. ¡Sí, tienes razones para observarme asombrado! ¿No es cierto que ya no soy el elegante cabo honorario Emsworth, del escuadrón B?

Por supuesto que su apariencia era exótica. Se notaba que había sido un hombre buenmozo, de rasgos bien marcados y quemados por el sol africano, pero sobre esa faz oscura se observaban manchones, raramente blancuzcos, como si le hubiesen blanqueado la piel.

—Aquí está el motivo por el que no me gusta recibir visitas —explicó—. Por ti, Jimmie, no tiene importancia, pero hubiese sido mejor que tu amigo no viniese. Supongo que habrá habido algún motivo importante, pero con ello estoy en inferioridad de condiciones.

—Yo quería estar seguro de que no te sucedía nada, Godfrey. Te vi esa noche en que miraste por la ventana y no pude dejar el tema tranquilo hasta no aclararlo.

—El viejo Ralph me comentó que te encontrabas allí y no pude evitar darte un vistazo. Pensé que no me verías y debí ir corriendo a esconderme en mi madriguera, cuando escuché que alzabas la ventana.

—Pero ¡por vida de...!, ¿qué es lo que pasa?

—Es largo de contar —dijo, prendiendo un cigarrillo—. ¿Recuerdas ese combate a la mañana, en Buffelsspruit, en los alrededores de Pretoria, sobre el ferrocarril oriental? ¿No te enteraste de que me habían herido?

—Sí, me enteré, pero jamás me dieron detalles.

—Tres de nosotros quedamos apartados del resto de las fuerzas. Te acordarás de que era un sitio muy abrupto. Éramos Simpson, al que llamábamos el calvo Simpson, Andersen y yo. Nos encontrábamos limpiando el lugar de hermanos bóeres, pero estaban acechando y nos aislaron a los tres. A los otros dos los mataron. A mí, una bala de gran calibre me atravesó el hombro. No obstante, me así a mi caballo que anduvo varios kilómetros, antes de desmayarme y rodar de la silla al suelo.

”Cuando volví en mí estaba anocheciendo y me levanté, sintiéndome muy endeble y enfermo. Para mi asombro, estaba cerca de una casa cerrada, una casa bastante amplia, con escalera y una profusión de ventanas. Hacía un frío mortal. Te acordarás de que todas las noches hacía un frío que entumecía, un frío muy diferente de la temperatura cruda, pero saludable. Bueno, yo estaba entumecido hasta los huesos y mi única expectativa, al parecer, era alcanzar aquella casa. Me incorporé bamboleando y me fui arrastrando, apenas con conciencia de lo que hacía. Tengo un difuso recuerdo de que subí lentamente los escalones de la escalera, que ingresé por una puerta abierta y entré en un cuarto amplio, con varias camas, y que me acosté en una de ellas, con un suspiro de alivio. La cama estaba deshecha, pero eso no me provocó ningún resquemor. Me tapé con la ropa de cama el cuerpo, que tiritaba de frío, y un segundo más tarde me hallaba profundamente dormido.

”A la mañana siguiente, desperté y tuve la sensación de que en vez de recobrar la conciencia en un mundo normal, había ingresado a una pesadilla exótica. Por las grandes ventanas sin cortinas, entraba una cascada de sol africano y hasta los más nimios detalles de esa enorme habitación blanqueada y despojada se veían con claridad y esplendor. Ante mí había un hombre diminuto, semejante a un enano, con cabeza gigante y tuberosa, que farfullaba muy excitado en holandés, moviendo dos espantosas manos, que semejaban esponjas de tono castaño. A su espalda, había unas personas que parecían estar muy divertidas con la situación, pero al mirarlas, sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. Ninguna de ellas era un ser normal. Todas se encontraban retorcidas, hinchadas o deformadas de una forma fantástica. La risa de esos monstruos exóticos era horrible de escuchar.

”Por lo que se veía, ninguno hablaba inglés, pero era perentorio esclarecer la situación, porque ese ser de cabeza gigante estaba cada vez más enfurecido y gritaba como una bestia salvaje; me había colocado sus manos deformes encima y me arrastraba fuera de la cama, sin importarle la sangre que salía nuevamente de mi herida. Ese monstruo diminuto era fuerte como un toro y no sé qué me habría podido hacer si, al escuchar los ruidos, no hubiera aparecido un hombre viejo, que, al parecer, tenía autoridad. Dijo en holandés algunas palabras serias y mi acosador se fue reculando. Después, ese hombre me miró con la mayor de las sorpresas y me preguntó:

”—¿Cómo demonios vino aquí? ¡Aguarde un momento! Noto que está agotado de cansancio y que es necesario curar esa herida que tiene en el hombro. Soy médico y ya mismo lo vendaré. Pero, ¡por Dios!, aquí se encuentra en un peligro más grande que el del campo de batalla, porque está en el hospital de leprosos y durmió en el lecho de un leproso.

”¿Para qué voy a contar nada más, Jimmie? Al parecer, todos esos desdichados seres habían sido evacuados el día anterior, ante la inminencia de la batalla. Después, cuando los británicos avanzaron, el médico superintendente había vuelto a llevarlos allí. Me dijo que aunque él se consideraba inmune a la enfermedad, no se hubiese animado a hacer lo que yo había hecho. Me ubicó en un cuarto reservado, me trató con afecto y más o menos una semana después, me trasladaron al hospital general de Pretoria.

”Ahí está mi tragedia. Yo esperaba contra toda esperanza. Las terribles huellas que adviertes en mi cara no llegaron para anunciarme que no me había salvado, hasta que no me hallé de regreso en mi casa. ¿Qué podía hacer? Me hallaba en esta casa solitaria. Teníamos dos criados, en los que teníamos plena confianza, Contábamos además con una casita, en la que yo podía residir. El señor Kent, que es médico, estuvo dispuesto a quedarse junto a mí bajo la promesa de conservar el secreto. En dichas condiciones, el tema parecía simple. La otra opción que se me ofrecía era horrible: separación de por vida, entre gente extraña, sin ninguna esperanza de libertad. Pero era necesario mantener el más estricto secreto, porque, en caso contrario, hasta en esta serena región rural habría habido un escándalo y yo habría sido arrastrado a mi espantoso destino. Era necesario mantenerlo escondido, hasta de ti, Jimmie. No puedo entender cómo mi padre cambió su decisión.

El coronel Emsworth me apuntó con el dedo.

—Este es el hombre que me obligó a ello.

Al decir esto, abrió el papel en el que yo había escrito la palabra *lepra*.

—Consideré que este caballero ya sabía tanto, que lo mejor era permitir que lo supiese todo.

—Y, efectivamente, fue lo mejor —afirmé—. ¿Quién sabe si todo esto no será para su beneficio? Según entendí, la única persona que examinó al enfermo fue el señor Kent. ¿Puedo, señor, inquirir si es una autoridad idónea en este tipo de enfermedades? Creo que son, por naturaleza, tropicales o subtropicales.

—Sé de ellas lo que es habitual que sepa un médico estudioso —me respondió con cierta sequedad.

—No estoy dudando, caballero, de que sea usted un médico de total competencia, pero estoy seguro de que concordará conmigo en que, en una cuestión así, es importante buscar otra opinión. Creo que ha rehuido de esto por miedo a que lo presionaran y lo obligaran a realizar el aislamiento del enfermo.

—Efectivamente —dijo el coronel Emsworth.

—Presentí esta circunstancia —aduje yo— y me hice acompañar por un amigo, en cuya reserva se puede tener absoluta confianza. En cierta oportunidad, yo le hice un favor profesional y está dispuesto a darme su consejo, más como amigo que como especialista. Su nombre es sirJames Saunders.

Ni la posibilidad de tener una entrevista con lordRoberts habría generado más embeleso y goce en un simple subordinado que los que ahora se veían en el rostro del señor Kent.

—Sin duda alguna estaré muy orgulloso —susurró.

—Pues entonces, le pediré a sirJames que se acerque hasta aquí. En este momento está en el coche, afuera de la casa. Mientras tanto, coronel Emsworth, podríamos ir su despacho, donde le daré las aclaraciones necesarias.

Aquí es cuando extraño a mi Watson. Él, mediante diestras preguntas y exclamaciones de asombro, se las ingenia para elevar a la condición de prodigio mi simple arte, que no es más que la sistematización del sentido común. Al ser yo quien cuenta mi propia historia, no tengo tal ayuda. Sin embargo, expondré aquí el proceso que realizó mi pensamiento y tal como lo conté a mi pequeño auditorio, en el que estaba también la madre de Godfrey, en el estudio del coronel Emsworth. He aquí lo que dije.

—Mi razonamiento parte de la hipótesis de que una vez que se ha quitado del caso todo lo que es imposible, la verdad tiene que hallarse en el supuesto que aún permanece, por muy improbable que parezca. Puede suceder que los supuestos que permanecen sean varios y en tal caso, se van probando uno tras otro, hasta que uno de ellos otorgue una base convincente. Aplicaremos esta tesis al caso que tratamos. Tal y como me fue presentado al comienzo, había tres elucidaciones posibles del encierro o confinamiento de este joven en una de las construcciones subalternas de la casa paterna. Una de las explicaciones podía ser que se hallaba oculto a causa de algún crimen o porque se encontraba loco y su familia no quería tener la obligación de ponerlo en un asilo, o que estaba afectado por alguna enfermedad por la que debía estar aislado. No pude pensar en otras soluciones posibles. Por lo tanto, era necesario confrontar y balancear cada una de ellas con las demás.

”La idea del crimen no superaba un análisis serio. En este distrito, no había noticias de crimen alguno cuya elucidación fuese un misterio: de eso tenía certeza.

”De haber sido un crimen oculto por años, era evidente que la familia habría tenido interés en deshacerse del criminal mandándolo al extranjero, en lugar de tenerlo escondido en la casa. No me surgía ninguna explicación para esta línea de conducta.

”Lo de la locura ya tenía otro color. La existencia de otra persona en la casita podía señalar a un cuidador. El que cerrase con llave la puerta al irse reforzaba la hipótesis y apuntalaba la idea de que existía un ejercicio de la fuerza. Pero por otra parte, esa fuerza no parecía ser demasiado enérgica, pues, en tal caso, el muchacho no habría podido zafarse de ella para dar una ojeada a su amigo. Usted se acordará, señor Dodd, que lo fui probando para encontrar detalles e inquiriendo, por ejemplo, qué diario leía Kent. Si lo que estaba leyendo hubiese sido *The Lancet* o *The British Medical Journal*, eso me habría dado una ayuda. No obstante, no hay nada ilegal en tener a un loco en una casa particular, mientras se encuentre atendido por alguien calificado para eso y siempre que las autoridades estén correspondientemente notificadas. ¿De dónde, entonces, provenía esta necesidad desesperada de mantener el secreto? Tampoco en este caso la hipótesis se ajustaba totalmente a los hechos.

”Restaba la tercera opción, en la que todo parecía entrar adecuadamente, por rara y poco probable que pareciera. La lepra no es algo exótico en África del Sur. Tal vez este muchacho, por alguna eventualidad sorprendente, la hubiera contraído. En ese caso, su familia se hallaría en una situación horrible, porque ellos desearían verlo libre del aislamiento. Sería necesaria una enorme discreción, para impedir que se esparciera el rumor de lo que sucedía con la consecuente intervención de las autoridades. Un médico legal, si se le pagaba bien, podría tomar a su cargo al paciente, y no se hacía muy dificultoso hallar a quien estuviera dispuesto a ello. No había ningún motivo para que el enfermo no saliera de su encierro luego del anochecer. Una de las secuelas usuales de esta enfermedad es el blanqueo de la piel.

”El asunto era relevante, tan relevante, que tomé la decisión de actuar como si ya lo hubiera demostrado. Las últimas dudas se disiparon cuando llegué aquí y noté que Ralph, que es quien lleva la comida, utilizaba guantes con desinfectantes. Una sola palabra fue suficiente para poner en evidencia, señor, que su secreto había quedado al descubierto y si la escribí, en vez de pronunciarla, fue para dejar en claro que podía tener confianza en mi reserva.

Estaba terminado este breve análisis del caso, cuando la puerta se abrió e ingresó al estudio el gran dermatólogo de sobria estampa. Por esa vez, su rostro de esfinge se había aflojado y había en sus ojos calor de humanidad. Avanzó hasta el coronel Emsworth y le dio la mano, diciéndole:

—Muy a menudo, debo dar malas noticias y es muy raro que pueda dar buenas. Por eso, me congratulo más en esta ocasión. No es lepra.

—¿Qué?

—Es un caso muy evidente de seudolepra o ictiosis, una enfermedad de la piel que le da aspecto de escama, desagradable y persistente, pero que tiene posibilidades de cura y, por supuesto, no es infecciosa. Sí, Holmes, la coincidencia es muy notoria. Pero ¿es, en realidad, una simple coincidencia o entran a jugar fuerzas sutiles de las que muy poco conocemos? ¿Tenemos la certeza de que la aprensión que este muchacho ha sufrido, desde que se halló expuesto al contagio, no pudo provocar una respuesta física que estimula, justamente, lo que se teme? En cualquier caso, yo doy fe con mi reputación profesional. ¡Pero la señora ha perdido el conocimiento! Pienso que sería bueno que el señor Kent no se alejara de ella hasta que se haya recuperado de esta impresión de felicidad.

**3**

**La aventura de la piedra preciosa de Mazarino**

Para el doctor Watson fue agradable hallarse, una vez más, en la desordenada sala del primer piso de Baker Street, que había sido el lugar de inicio de tantas pesquisas memorables. Observó a su alrededor, hacia los gráficos científicos que colgaban de la pared, el banco de ácidos químicos quemados, el estuche de violín apoyado en una esquina, el cubo para carbones, donde había pipas viejas y tabaco. Por último, su vista se detuvo en el lozano y alegre rostro de Billy, un muchacho, pero muy inteligente y diestro colaborador, que le había servido, en algo, para tapar los espacios de soledad y retraimiento que envolvían la saturnina figura del eminente detective.

—Al parecer nada cambió, Billy. Jamás cambies. ¿Será posible decir lo mismo de él?

Billy lanzó una mirada cuidadosa hacia la puerta cerrada del cuarto.

—Me parece que está acostado y durmiendo.

Eran las siete de la tarde de un bello día de verano, pero el doctor Watson se encontraba lo bastante habituado a la irregularidad de las horas de descanso de su viejo compañero, como para no asombrarse con el hecho.

—¿Eso supone un caso, imagino?

—Sí, señor, está muy involucrado en este momento. Me asusta su salud. Está pálido y flaco, y apenas come. “¿Cuándo estará desocupado para cenar, señor Holmes?”, quiso saber la señora Hudson. “Siete y media, pasado mañana”, le respondió. Usted conoce sus formas cuando se encuentra concentrado en un asunto.

—Sí, Billy, las conozco.

—Está yendo atrás de alguien. Ayer, se fue vestido como un obrero que busca trabajo. Hoy, como una vieja. Para ser sincero, me engañó, de verdad, y yo ya tendría que conocer sus trampas —Billy señaló con una sonrisa socarrona una sombrilla abierta, apoyada contra el sofá—. Eso forma parte del atuendo de vieja —dijo.

—Pero ¿de qué va esto, Billy?

Billy bajó el tono de su voz, como quien se refiere a importantes secretos de Estado.

—No tengo problemas en contarle, señor, pero no tendría que comentarlo con nadie. Es el asunto del diamante de la Corona.

—¡Cómo! ¿El robo por un valor de cientos de miles de libras?

—Efectivamente, señor. Hay que restituirla, señor. Porque estuvieron el primer ministro y el secretario de Estado, los dos sentados en ese sofá. El señor Holmes fue muy amable con ellos. De inmediato, aceptó el caso y se comprometió a hacer cuanto le fuera posible. Entonces, vino lordCantlemere…

—¡Ah!

—Sí, señor, usted sabe lo que eso quiere decir. Es un presuntuoso, señor, si se me permite decirlo. Puedo tratar con el primer ministro y no tengo nada en contra del secretario de Estado, que parece un caballero cortés y solícito, pero no puedo soportar a su señoría. Nadie puede, ni el señor Holmes, señor. Mire, él no tiene confianza en el señor Holmes y no estaba de acuerdo con contratarlo. Piensa que fracasará.

—¿Y el señor Holmes sabe eso?

—El señor Holmes siempre sabe todo cuanto hay que saber.

—Bueno, esperemos que no fracase y que lordCantlemere se vea sorprendido. Pero, Billy, ¿qué significa esa cortina que cubre la ventana?

—El señor Holmes la colocó hace tres días. Hay algo cómico detrás de ella.

Billy fue y corrió la cortina, que apantallaba la habitación, de la ventana comba.

El doctor Watson no pudo evitar un alarido de sorpresa. Ahí, había un maniquí de su antiguo amigo ataviado con una bata, el rostro vuelto tres cuartos a la ventana y hacia abajo, como si leyese un libro invisible, mientras el cuerpo se encontraba totalmente hundido en el sillón. Billy separó la cabeza y la mantuvo alzada.

—La colocamos en distintas posturas, pero esta es la que lo hacía ver más real. No osaría moverla si la persiana no estuviera baja. Pero cuando está levantada puede verla desde enfrente.

—Hace un tiempo, nosotros utilizamos algo semejante.

—Antes de mi época —señaló Billy. Después, corrió las cortinas y observó la calle—. Allí hay gente que nos mira de lejos. Puedo detectar a uno, en este instante, por la ventana. Mírelo usted mismo.

Watson dio un paso, cuando la puerta del cuarto se abrió y la flaca estampa de Holmes surgió con el rostro pálido y macilento, pero con el caminar y porte tan enérgicos como siempre. Con un solo salto ya se hallaba en la ventana y cerró las persianas, otra vez.

—Con eso es suficiente, Billy —dijo—. Ahora te encuentras en riesgo de muerte, muchacho, no tengo posibilidad de hacerlo sin ti. Ah, Watson, es bueno verlo en su antigua sala de nuevo. Llega en un momento álgido.

—Así lo infiero.

—Billy, puedes ir. Ese muchacho es una contrariedad, Watson. ¿Cuánto justificativo tengo al permitir que esté en riesgo?

—¿Riesgo de qué, Holmes?

—De una muerte repentina. Estoy aguardando algo esta noche.

—¿Aguardando qué?

—Ser asesinado, Watson.

—¡No, no, se está burlando, Holmes!

—Hasta mi restringido sentido del humor puede imaginar una broma mejor. Pero mientras tanto, ¿no deberíamos ponernos cómodos? ¿Se permite el alcohol? El sifón y los cigarros se encuentran en el viejo sitio. Permítame verlo otra vez en su sillón de siempre. Espero que no haya aprendido a desdeñar mi pipa y la lamentable calidad de mi tabaco. Tuvo que reemplazar a la comida estos días.

—Pero ¿por qué motivo no come?

—Porque las capacidades se agudizan cuando uno tiene mucha hambre. Porque, de seguro, como médico, mi estimado Watson, debe aceptar que lo que la digestión gana en el almacenamiento de sangre lo pierde en el cerebro. Yo soy un cerebro, Watson. Lo que resta de mí no es más que un apéndice. Por consiguiente, es el cerebro lo que debo tener en cuenta.

—Pero ¿y ese riesgo, Holmes?

—Ah, sí, en caso de que algo suceda, no estaría mal que tenga en su memoria el nombre y la dirección del homicida. Puede dárselos a Scotland Yard, con mi afecto y una última oración. El nombre es Sylvius… Conde Negretto Sylvius. ¡Anótelo, Watson, anótelo! Moorside Gardens 136, N. W. ¿Está?

El digno rostro de Watson fue contrayéndose por los nervios. Sabía muy bien de los enormes peligros atravesados por Holmes y era muy consciente de que lo que él refiriese sería más bien una subestimación que una exageración.

Watson era una persona de acción y se unió al lance.

—Cuente conmigo, Holmes. Por uno o dos días, estoy libre.

—Su ética no progresa, Watson. Sumó la mentira a sus otros defectos. Tiene todos los signos de un médico atareado, al que los pacientes llaman a cada hora.

—No son casos de importancia. Pero ¿no puede hacer detener a ese individuo?

—Sí, Watson, puedo hacerlo. Eso es lo que lo inquieta.

—Pero ¿por qué motivo no lo hace?

—Porque no sé dónde se halla el diamante.

—¡Ah! Billy me dijo… ¡la joya desaparecida!

—Sí, la gran piedra amarilla de Mazarino.[[2]](#footnote-2) He arrojado mi red y he capturado al pez. Pero no obtuve la piedra. ¿Qué sentido tiene agarrarlo? Podemos transformar el mundo en un sitio mejor si le pisamos los talones. Pero no es eso lo que pretendo. La piedra es lo que deseo.

—¿Y este tal conde Sylvius es uno de esos peces?

—Sí, y diría que él es un tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. Sam no es un mal hombre, pero el conde lo usó. Sam no tiene la categoría de tiburón. Es un pez grande y terco. Pero está siendo capturado en mi red como todo el resto.

—¿Dónde se encuentra ese conde Sylvius?

—Estuve al lado suyo toda la mañana. Tendría que haberme visto como una vieja, Watson. Jamás he sido tan convincente. Incluso alzó mi sombrilla. “Permítame, *madame*”, me dijo con un tono con algo de italiano y con las formas galantes del sur que tiene cuando está de buen humor, pero cuando está de mal talante es un demonio encarnado. La vida está repleta de hechos caprichosos, Watson.

—Pudo ser una tragedia.

—Bueno, tal vez pudo serlo. Fui siguiéndolo al antiguo taller de Straubenzee, en Minories. Straubenzee fabricó el rifle de aire comprimido, una bella obra de arte, en mi opinión, y como puede suponerse, se encuentra en la ventana de enfrente en este preciso instante. ¿Vio el maniquí? Desde luego, Billy se lo mostró. Bueno, debería recibir una bala en su hermosa cabeza en cualquier momento. Ah, Billy, ¿qué sucede?

El muchacho reapareció en la sala con una tarjeta sobre una bandeja. Holmes la miró con sus extensas pestañas y su mordaz sonrisa.

—El hombre en persona. Era difícil de imaginar. ¡Percibió el agravio, Watson! Un individuo de coraje. Probablemente, haya escuchado sobre su renombre como un gran tirador de caza mayor. Sin duda, si me suma a su vitrina, sería un final victorioso para su magnífico récord deportivo. Esta es una constancia de que percibe mi pisada atrás de su talón.

—Mande llamar a la policía.

—Posiblemente lo haga. Pero no en este momento. ¿Quiere mirar con cuidado por la ventana, Watson, y constatar si hay alguien aguardando en la acera?

Watson miró con cautela, corriendo la cortina.

—Sí, hay un sujeto tosco cerca de la puerta.

—Ese tiene que ser Sam Merton..., el noble, aunque en verdad, el petulante Sam. ¿Dónde está este señor, Billy?

—En la sala de espera, señor.

—Acompáñalo aquí cuando suene la campanilla.

—Sí, señor.

—Y si no me encuentro en la sala, tráelo de todas formas.

—Sí, señor.

Watson aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado y, entonces, se dio vuelta hacia su amigo.

—Vea, Holmes, esto simplemente no es posible. Este es un individuo desesperado que no se detiene ante nada. Tal vez vino a asesinarlo.

—No me sorprendería.

—Insisto en quedarme con usted.

—Estaría siendo un estorbo en el camino.

—¿En el camino de él?

—No, mi estimado amigo…, en el mío.

—Bueno, no puedo abandonarlo.

—Sí, puede, Watson. Y lo va a hacer, porque jamás falló en el juego. Debo cerciorarme de que jugará hasta el final. Este sujeto vino por sus propios objetivos, pero debe quedarse por los míos —Holmes agarró su cuaderno y garrapateó unas líneas—. Tome un carruaje de alquiler hasta Scotland Yard y entréguele esto a Youghal, de la División de Investigaciones Criminales. Vuelva con la policía. La detención del cómplice se llevará a cabo luego.

—Lo haré con gusto.

—Antes de que vuelva, tendría que disponer de tiempo suficiente como para averiguar dónde se encuentra la piedra —hizo sonar la campana—. Pienso que deberíamos salir por el dormitorio. Esta segunda salida es sumamente útil. En lo posible, deseo observar a mi tiburón sin que me vea y, como se acordará, dispongo de mi propia manera de hacerlo.

En consecuencia, un instante después Billy condujo al conde Sylvius a una sala vacía.

El célebre cazador, deportista y hombre de sociedad era una persona de tez morena, con un colosal bigote oscuro, que sombreaba una boca perversa de labios finos, dominada, a su vez, por una dilatada y corva nariz aguileña. Iba bien vestido, aunque su lustrosa corbata, su refulgente alfiler y sus brillantes anillos producían un efecto exótico. Luego de que la puerta se cerró detrás de él, miró a su alrededor con ojos furibundos y feroces e inquietos, como quien recela de una trampa a cada instante. Entonces, se violentó al advertir la inmutable cabeza y el cuello de la bata que se veía sobre el sillón, en la ventana. Primero, su gesto fue de absoluta sorpresa. Luego, un brillo de terrible esperanza relumbró en sus ojos turbios y sanguinolentos. Dio un vistazo alrededor suyo para constatar que no hubiera nadie y, luego, de puntillas, alzó su grueso bastón y se acercó a la silente efigie. Se estaba inclinando, para dar su salto y golpe final, cuando una impasible y sarcástica voz lo saludó desde la puerta abierta del cuarto:

—¡No lo despedace, conde! ¡No lo despedace!

El asesino se tambaleó, con el rostro convulsionado por la sorpresa. Por un momento, alzó otra vez su bastón relleno de plomo, como si pudiese lanzar su furia contra el original, pero hubo algo en esos inconmovibles ojos grises y en la sonrisa irónica que hizo que su brazo cayera a un costado.

—Es un objeto precioso —señaló Holmes, mientras iba hacia la figura—. Tavernier, el modelista francés, lo hizo. Él es tan excelso con las figuras de cera, como su amigo Straubenzee, con los rifles de aire comprimido.

—¡Rifles de aire comprimido, señor! ¿Qué quiere decir?

—Coloque su sombrero y el bastón en la mesa lateral. ¡Muchas gracias! Por favor, siéntese. ¿Tendría la gentileza de sacarse su revólver también? Oh, muy bien, si prefiere sentarse sobre él. Su visita es en verdad apropiada, porque quería conversar unos pocos minutos con usted.

El conde arrugó el ceño, de cejas pesadas y amenazantes.

—Yo también quería charlar con usted, Holmes. Por ese motivo me encuentro aquí. No voy a negar que traté de agredirlo.

Holmes balanceó sus piernas sentado sobre el borde de la mesa.

—Más bien infiero que tenía algún tipo de idea en mente —señaló—. Pero ¿por qué motivo estas atenciones personales?

—Porque se ha desviado de su sendero para molestarme. Porque ha puesto a sus criaturas detrás de mí.

—¡Mis criaturas! ¡Le doy mi palabra que no!

—¡Tonterías! Las tengo bajo vigilancia. Dos pueden jugar ese juego, Holmes.

—Hay un detalle nimio, conde Sylvius, pero tal vez querría, gentilmente, anteponer el “señor” a mi apellido cuando se dirija a mí. Puede entender que la rutina de mi trabajo me llevaría a que todos los malhechores de Londres me tutearan, y hacer excepciones provocaría envidias.

—Bueno, señor Holmes, entonces.

—¡Perfecto! Pero le afirmo que está en un error respecto de mis teóricos agentes.

El conde Sylvius se rio con desdén.

—Otras personas pueden ser tan buenos observadores como usted. Ayer fue un anciano deportista. Hoy, una señora mayor. Me tienen todo el día vigilado.

—En verdad, señor, usted me halaga. El anciano barón Dowson sostuvo la noche antes de ser colgado que, en mi caso, lo que la justicia ganó, lo perdió el escenario. ¿Y ahora usted me adula por mis pequeñas caracterizaciones?

—¿Ha sido..., ha sido usted?

Holmes elevó los hombros.

—Puede observar en esa esquina la sombrilla que tan gentilmente me alzo en Minories, antes de que comenzara a recelar.

—Si lo hubiera sabido, usted jamás...

—Hubiese vuelto a ver esta humilde morada nuevamente. Tenía conciencia de ello. Todos tenemos ocasiones perdidas que lamentar. ¡Cómo pasó, no lo supo, así que aquí estamos los dos!

Las pobladas cejas del conde se fruncieron más duramente, sobre sus amenazadores ojos.

—Lo que dijo solo empeora las cosas. ¡No eran agentes suyos, sino usted actuando, metiche! Acepta que me estuvo acosando. ¿Por qué motivo?

—Vamos, conde. Usted se dedicaba a dispararles a leones en Argelia.

—¿Y qué?

—Pero ¿por qué lo hacía?

—¿Por qué? ¡El deporte..., la emoción..., el riesgo!

—¿Y sin duda también para liberar al país de esa plaga?

—¡Precisamente!

—¡He ahí mis motivos en pocas palabras!

El conde se levantó y su mano, inconscientemente, retrocedió al bolsillo de su cadera.

—¡Tome asiento, señor, tome asiento! Hay otro motivo más concreto. ¡Buscaba el diamante amarillo!

El conde Sylvius se reclinó en su asiento con una maligna sonrisa.

—¡Sobre mi cadáver! —afirmó.

—Sabía que lo perseguía por eso. El auténtico motivo por el que usted se encuentra aquí esta noche es para enterarse de cuánto conozco sobre el tema y si mi muerte es absolutamente esencial. Bueno, tendría que decir que, desde su perspectiva, es completamente esencial, porque estoy al tanto de todo, salvo de una cosa, que me contará ahora.

—¡Oh, claro! Y, por favor, ¿qué es lo que le falta conocer?

—Dónde se encuentra el diamante.

El conde miró fijo a su interlocutor.

—¿Oh, usted desea saberlo, verdad? ¿Cómo diablos podría yo decirle dónde está?

—Puede decírmelo y lo hará.

—¡Desde luego!

—Usted no puede engañarme, conde Sylvius —los ojos de Holmes, mientras lo miraba se condensaron y se iluminaron hasta que se convirtieron en dos amenazadoras puntas de acero—. Usted es transparente como un cristal. Puedo ver hasta lo profundo de su mente.

—¡Entonces, desde luego, puede observar dónde se halla el diamante!

Holmes aplaudió divertido y luego señaló irónicamente con su dedo.

—¡Entonces lo sabe! ¡Lo acepta!

—Yo no acepto nada.

—Ahora, conde, si es sensato podemos hacer una transacción. De lo contrario, terminará herido.

El conde Sylvius alzó los ojos al cielorraso.

—¡Y usted habla de trampas! —dijo.

Holmes lo miró con atención, como un maestro de ajedrez que medita su movimiento culmen.

A continuación, abrió el cajón de la mesa y extrajo un grueso cuaderno.

—¿Sabe lo que tengo en este libro?

—¡No, señor, lo desconozco!

—¡A usted!

—¡A mí!

—¡Sí, señor, a usted! Usted se encuentra aquí…, cada hecho de su indigna y peligrosa vida.

—¡Condenado sea, Holmes! —exclamó el conde, con ojos que flameaban—. ¡Existe un límite para mi paciencia!

—Todo se encuentra aquí, conde. Los verdaderos hechos del deceso de la anciana señora Harold, que le dejó la herencia de Blymer, que con tanta velocidad se jugó.

—¡Está imaginando!

—Y la historia completa de la señorita Minnie Warrender.

—¡Estupideces! ¡Usted no va a hacer nada con todo eso!

—Aquí hay mucho más, conde. Aquí tenemos el robo en el tren de lujo hacia la Riviera, el 13 de febrero de 1892. Aquí, el cheque falsificado, en el mismo año, en el Crédit Lyonnais.

—No, usted está en un error con eso.

—¡Ah, entonces estoy en lo cierto respecto de los demás! Ahora, conde, usted es un jugador de cartas. Cuando el contrincante posee todos los triunfos es tiempo de abandonar la partida.

—¿En qué se relaciona toda esta charla con la gema que mencionó?

—Por favor, conde, ¡contenga su nerviosismo! Permítame abordar el tema a mi propia y rutinaria manera. Poseo todo esto en su contra, pero, en especial, tengo un caso inmaculado contra los dos, usted y su embustero peleador, en el asunto del diamante de la Corona.

—¡Claro!

—Tengo al chofer que lo condujo hasta Whitehall y el que lo trajo de regreso. Tengo al conserje que lo vio cerca de la vitrina. Tengo a Ikey Sanders, que se rehusó a cortar la piedra. Ikey lo delató y se terminó el juego.

Las venas de la frente del conde se dilataron. Sus oscuras y velludas manos se cerraron con fuerza al intentar dominar su conmoción. Intentó hablar, pero no pudo articular palabra.

—Esas son mis cartas —dijo Holmes—. Están sobre la mesa. Pero una carta se perdió. Es el rey de diamantes. No sé dónde se encuentra la piedra.

—Y jamás lo sabrá.

—¿No? Sea razonable, conde. Evalúe la situación. Lo encerrarán por veinte años. También a Sam Merton. ¿Qué va a sacar del diamante? Nada en absoluto. Pero si lo entrega…, bien, estoy dispuesto a negociar, aunque se trate de un delito. No nos interesan ni usted, ni Sam. Queremos la piedra. Entréguela y, en lo que respecta a mí, puede estar libre por todo el tiempo que se comporte dentro de la ley de ahora en más. Si comete otro desliz..., bueno, será la última vez. Pero, en este momento, mi trabajo consiste en conseguir la piedra, no a usted.

—Pero ¿si me niego?

—Bueno, entonces... ¡Qué lástima...! Lo tendré a usted y no a la piedra.

Billy llegó respondiendo a la campanilla.

—Me parece, conde, que sería adecuado que su amigo Sam también participara de esta conversación. Después de todo, sería justo que sus intereses también estuvieran representados. Billy, vas a ver a un caballero voluminoso y de aspecto desagradable allí afuera, en la puerta de entrada. Consúltale si desea subir.

—¿Y si no desea hacerlo, señor?

—Que no haya violencia, Billy. No seas duro con él. Si le informas que el conde Sylvius se lo solicita, con seguridad subirá.

—¿Qué es lo que hará ahora? —inquirió el conde cuando Billy se fue.

—Mi amigo Watson estuvo aquí conmigo. Le comenté que tenía un tiburón y un pez en mi red; ahora estoy alzando la red y juntándolos.

El conde se puso de pie con la mano en la espalda. Holmes sostuvo algo que salía del bolsillo de su bata.

—Usted no va a morir en su cama, Holmes.

—A menudo he tenido esa idea. ¿Acaso tiene importancia? Después de todo, conde, su propia muerte parece estar más cerca de una perpendicular que de una horizontal. Pero esos anticipos del futuro son morbosos. ¿Por qué no nos rendimos ante el irrefrenable goce del presente?

Una súbita fosforescencia de bestia salvaje brotó en la oscuridad, amenazadores ojos de un maestro del crimen. La estampa de Holmes pareció agigantarse en tanto él se aprestaba para disparar.

—No es bueno que palpe el revólver, amigo mío —advirtió con una voz serena—. Sabe my bien que no osaría usarlo, ni siquiera si le diese el tiempo para hacerse con él. Los revólveres son demasiado estruendosos y desagradables, conde. Mejor el bastón que los rifles de aire comprimido. ¡Ah! Me parece oír los pasos de su estimado socio. Buenos días, señor Merton. Se estaba aburriendo en la calle, ¿verdad?

El laureado boxeador, un muchacho de fuerte contextura, con un rostro duro, estúpido y testarudo, permanecía aturdido en la puerta, observando con desconcierto. La cortesía de Holmes era algo nuevo y, aunque de forma imprecisa percibía la hostilidad, no sabía de qué forma neutralizarla. Se dio vuelta hacia su sagaz compañero buscando ayuda.

—¿Qué significa este juego, conde? ¿Qué busca este tipo? ¿Qué sucede? —su voz era honda y áspera.

El conde alzó los hombros y fue Holmes el que contestó.

—Si puedo resumirlo en pocas palabras, señor Merton, tendría decir que todo está listo.

El boxeador seguía mirando a su socio.

—¿Este hombre trata de bromear o qué? No estoy de ánimo.

—No, imagino que no —dijo Holmes—. Pienso que puedo asegurarle que incluso se sentirá con menos ánimo a medida que la noche avance. Mire, conde Sylvius. Soy un hombre con muchas ocupaciones y no estoy en condiciones de perder tiempo. Me voy a ese cuarto. Por favor, en mi ausencia actúe como si estuviera en su casa. Puede explicarle a su amigo cuáles son las circunstancias sin el condicionamiento de mi presencia. Tendría que ejercitar la *Barcarola* de Hoffman en mi violín. Dentro de cinco minutos, volveré para saber cuál es su última respuesta. Comprendió la alternativa, ¿verdad? ¿Lo detenemos a usted o nos da la piedra?

Holmes se fue, tomando al pasar su violín de la esquina. Unos instantes después, las lánguidas notas de la melodía más obsesiva llegaban, tenuemente, a través de la puerta cerrada del cuarto.

—¿Qué es todo esto, entonces? —inquirió Merton con ansiedad a su compañero, cuando se dio vuelta—. ¿Está al tanto de lo de la piedra?

—Sabe demasiado sobre ella. Pero no estoy convencido de que lo sepa todo.

—¡Dios mío! —el pálido rostro del boxeador se transformó en una sombra blanca.

—Ikey Sanders nos delató.

—¿Qué? Lo voy a hacer trizas por eso, aunque me cuelguen.

—Eso no nos será muy útil. Precisamos planificar lo que debemos hacer.

—Ten cuidado —advirtió el boxeador, mientras observaba con suspicacia la puerta del cuarto—. Es un bribón que pretende vigilarnos. ¿No nos está oyendo?

—¿Cómo va a oírnos con esa música?

—Es cierto. Quizás haya alguien atrás de la cortina. Hay demasiadas cortinas en esta sala —mientras observaba alrededor, de golpe, vio, por primera vez, la figura en la ventana y se quedó quieto y señalando hacia ella, con demasiado asombro como para articular palabra.

—¡Bobadas! No es más que un muñeco —aseguró el conde.

—Es simulado, ¿verdad? ¡Bien, me da miedo! *Madame* Tussaud no anda por ahí. Es el espíritu viviente de Holmes, con bata y todo. ¡Pero las cortinas, conde!

—¡Oh, te trastornan las cortinas! Estamos perdiendo el tiempo y no tenemos demasiado. Él puede encerrarnos por esta piedra.

—¡Demonios que puede!

—Pero nos dejará libres únicamente si le decimos dónde se encuentra el botín.

—¡Qué! ¿Entregárselo? ¿Entregarle cientos de miles de libras?

—Es lo uno o lo otro.

Merton meneó su rapada cabeza.

—Está solo. Vamos a hacerlo. Si apagáramos su luz, no tendríamos nada que temer.

El conde meneó su cabeza.

—Está armado y preparado. Si lo matamos a tiros, difícilmente podríamos huir de un sitio como este. Además, es bastante probable que la policía esté al tanto de las pruebas que él posee. ¡Espera! ¿Qué es eso?

Un impreciso sonido parecía provenir de la ventana. Los dos hombres se agazaparon, pero todo estaba sereno. Excepto por la rara estampa que se hallaba sentada en la silla, en la habitación no había nadie más.

—Algo en la calle —dijo Merton—. Mire, jefe, usted tiene cabeza. Con certeza hallará la manera de salir de esto. Si de nada sirve un golpe, entonces, el asunto es todo suyo.

—He timado a mejores hombres que él —respondió el conde—. La piedra se encuentra aquí, en mi bolsillo secreto. No me arriesgué a dejarla en ningún otro lado. Puede salir de Inglaterra esta noche y estar dividida en cuatro partes en Ámsterdam antes del domingo. Él no tiene idea de van Seddar.

—Creí que van Seddar se iba a ir la semana que viene.

—Efectivamente era así. Pero ahora deberá irse en el próximo ferry. Uno de nosotros tiene que ir con la piedra a la calle Lime y comunicárselo.

—Pero el falso fondo no está preparado.

—Bueno, tiene que arreglárselas sin él y arriesgarse. No tenemos ni un minuto que perder —de nuevo, con el sentido del riesgo que se hace instinto en el deportista, se detuvo y miró hacia la ventana. Sí, no había dudas de que ese tenue sonido provenía de la calle.

—Sobre Holmes —siguió—, podemos embromarlo fácilmente. Verás, el condenado estúpido no nos apresará si le entregamos la piedra. Bueno, le prometeremos la entrega de la piedra. Lo colocaremos en el camino errado y antes de que se dé cuenta de que anda por mal camino, la piedra se encontrará en Holanda y nosotros, afuera del país.

—¡Eso suena perfecto! —se entusiasmó Sam Merton con una gran sonrisa.

—Puedes ir y avisarle al holandés que se movilice. Yo veré a este estúpido y lo tranquilizaré con falsas revelaciones. Le indicaré que la piedra se halla en Liverpool. Cómo me ofusca esa melancólica música; ¡me aviva los nervios! En el momento en que se dé cuenta de que no se halla en Liverpool, ya estará a salvo y nosotros, sobre el agua azul. Ven aquí, afuera de la línea del ojo de la cerradura. Aquí tengo la piedra.

—Qué raro que se atreva a tenerla encima.

—¿Dónde podría hallarse más segura? Si nosotros fuimos capaces de sacarla de Whitehall, alguien más podría, seguramente, sacármela a mí.

—Déjeme echarle una ojeada.

El conde Sylvius lanzó una mirada poco halagüeña a su socio y no hizo caso de las sucias manos que apuntaban hacia él.

—¿Qué…, supone que voy a quitársela? Mire, señor, me estoy agotando de su forma de actuar.

—Bueno, bueno, sin ofender, Sam. No podemos darnos el lujo de pelear. Aproxímate a la ventana, si quieres admirar la belleza en todo su esplendor. ¡Ahora, alza la lámpara! ¡Aquí!

—¡Gracias!

Con un simple salto, Holmes se levantó de la silla del maniquí y agarró la bella piedra. La mantuvo en una mano, en tanto con la otra tenía un revólver apuntado a la cabeza del conde. Los dos malhechores fueron para atrás, con completa sorpresa. Antes de que se recuperaran, Holmes hizo sonar la campanilla.

—¡Nada de violencia, señores, nada de violencia, se lo ruego! ¡Tengan consideración por los muebles! Se les debe hacer evidente que están en una situación imposible. La policía está aguardando abajo.

El desconcierto del conde excedía su ira y su miedo.

—Pero ¿cómo infirió...? —masculló.

—Su asombro es muy normal. No sabía que una segunda puerta de mi cuarto sale directamente al otro lado de la cortina. Supuse que tuvo que escucharme cuando corrí la figura, pero la fortuna estaba de mi lado. Me dio la posibilidad de oír su divertida charla, que hubiese sido tristemente incómoda si se hubieran dado cuenta de mi presencia.

El conde hizo un ademán resignado.

—Lo menospreciamos, Holmes. Pienso que es el mismísimo demonio.

—No estoy tan lejos, de todas formas —contestó Holmes, con una amable sonrisa.

El lento entendimiento de Sam Merton solo progresivamente fue comprendiendo la situación. Ahora, con los pesados ruidos de pasos que provenían de las escaleras rompió el silencio.

—¡Un policía justo! ¡Pero qué hay del violín! Yo lo oigo todavía.

—¡Bueno, bueno! —contestó Holmes—. Tiene toda la razón. ¡Encendámoslo! Estos modernos gramófonos constituyen una invención extraordinaria.

La policía entró apresurada, las esposas tintinearon y los criminales fueron llevados al coche.

Watson se quedó con Holmes, felicitándolo por esa nueva hoja que sumaba a sus laureles. Otra vez, su charla se fio interrumpida por el inmutable Billy con su tarjetero.

—LordCantlemere, señor.

—Hazlo subir, Billy. Este es el ilustre noble que encarna los más altos intereses —dijo Holmes—. Aunque es un hombre excelente y leal, está un poco chapado a la antigua. ¿Le gustaría que lo hiciéramos bajarse de su solemnidad? ¿Nos tomamos una pequeña libertad? Imagino que no está al tanto de nada de lo que termina de pasar.

La puerta se abrió y entró una flaca y sobria figura con un rostro bravío y unos bigotes curvos de la época victoriana, de una resplandeciente negrura que no se condecía con los combados hombros y el caminar tambaleante. Holmes fue hacia él con cortesía y le estrechó su apática mano.

—¿Cómo se encuentra, lordCantlemere? Está frío para esta estación del año, pero con seguridad entrará en calor adentro. ¿Puedo agarrar su abrigo?

—No, gracias, no me lo sacaré.

Holmes apoyó la mano con insistencia en la manga.

—¡Déjeme! Mi camarada, el doctor Watson, le puede afirmar que estos cambios de temperatura son sumamente riesgosos.

Su señoría se sacudió con algo de nerviosismo.

—Me encuentro cómodo, señor. No preciso quedarme. Solo vine a ver e interiorizarme acerca de cómo está avanzando en el trabajo que se le encargó.

—Es dificultoso..., muy dificultoso.

—Temo que no la pueda hallar.

Había una marcada burla en las frases y las formas del viejo cortesano.

—Todo hombre encuentra sus límites, señor Holmes, pero, al menos, eso nos cura de la soberbia.

—Sí, señor, he estado confundido.

—Sin duda.

—En particular sobre un detalle. Tal vez pueda ayudarme con él...

—Pide mi consejo cuando ya ha avanzado el día. Creo que usted posee sus propios y suficientes métodos. Sin embargo, estoy dispuesto a ayudarlo.

—Usted verá, lordCantlemere, tenemos todas las pruebas para acusar a los verdaderos ladrones.

—Cuando los detenga.

—Precisamente. Pero el problema es... ¿Cómo deberemos actuar contra el destinatario?

—¿No es un poco prematuro?

—Es bueno hacer nuestras previsiones. Ahora, ¿qué nos aconsejaría como evidencia definitiva contra el destinatario?

—Que esté en posesión de la piedra.

—¿Usted lo mandaría detener por eso?

—Sin duda.

Holmes en pocas ocasiones reía, pero se hallaba tan a punto de hacerlo como su amigo Watson no tenía memoria de haberlo visto jamás.

—En tal caso, mi estimado señor, estoy en la difícil situación de comunicarle que se encuentra arrestado.

LordCantlemere estaba muy furibundo. Alguno de sus viejos colores ardió sobre sus pálidas mejillas.

—Señor Holmes, está tomándose una enorme libertad. En mis cincuenta años de vida oficial, no tengo memoria de un hecho semejante. Soy un hombre sumamente atareado, señor, a cargo de asuntos relevantes y no dispongo de tiempo, ni siento gusto por las bromas. Debo decirle con franqueza, señor, que jamás creí en sus poderes y que siempre tuve la opinión de que el tema estaba más seguro en manos de la fuerza policial regular. Su proceder ratifica todas mis prevenciones. Tengo el agrado, señor, de darle las buenas noches.

Holmes rápidamente cambió de sitio y se colocó entre el colega y la puerta.

—Aguarde un momento, señor —dijo—. Permitirle irse con la piedra Mazarino sería un agravio mayor que hallarlo en posesión temporal de ella.

—¡Señor, esto es inadmisible! Permítame pasar.

—Introduzca su mano en el bolsillo derecho de su abrigo.

—¿Qué está diciendo, señor?

—Vamos…, vamos, haga lo que le digo.

Un momento después, el sorprendido colega se quedó parpadeando y murmurando con la gran piedra amarilla en su temblorosa mano.

—¡Cómo! ¡Qué! ¿Qué quiere decir esto, señor Holmes?

—¡Pésimo, lordCantlemere, lo hice pésimo! —dijo Holmes—. Mi viejo camarada, aquí presente, le dirá que tengo el hábito compulsivo de hacer bromas. Asimismo, que jamás puedo resistirme a una situación dramática. Me tomé la libertad, la enorme libertad, debo decir, de colocar la piedra en su bolsillo al inicio de nuestro encuentro.

El viejo colega fijó la vista en la piedra y después en el sonriente rostro que estaba frente a él.

—Señor, estoy confundido. Pero…, sí… es, por cierto, la piedra Mazarino. Estamos en deuda con usted, señor Holmes. Su sentido del humor tal vez sea, como dice, un tanto perverso y su exhibición, absolutamente inoportuna, pero, al menos, tengo que retirar la opinión que vertí respecto de sus sorprendentes poderes profesionales. Pero ¿cómo…?

—El caso está a medio concluir; los pormenores pueden aguardar. Sin duda, lordCantlemere, su delectación al contar este victorioso resultado en los ilustres círculos a los que pertenece será una mínima enmienda de mi pesada broma. Billy, indícale la salida a su señoría y dile a la señora Hudson que estaría muy agradecido si pudiera servir una cena para dos en cuanto le sea posible.

1. Los antiguos químicos y alquimistas denominaban *vitriolos* a los sulfatos cristalinos metálicos, que son producidos a partir de la combinación de elementos metálicos con azufre. Cuando se los disolvía y se los cristalizaba nuevamente, se obtenían cristales de apariencia vítrea. El más conocido, y al que suele hacer referencia la palabra *vitriolo* (incluso todavía hoy se emplea en algunos recetarios industriales) es el ácido sulfúrico, especialmente en su versión deshidratada. [↑](#footnote-ref-1)
2. Denominada así por el cardenal Jules Mazarin, ministro de Luis XIV de Francia. [↑](#footnote-ref-2)